

Universidad Autónoma de Querétaro
Facultad de Psicología
Maestría en Psicología Clínica



LA NOCIÓN DE REALIDAD PSÍQUICA EN LA OBRA DE FREUD

TESIS

Que como parte de los requisitos para obtener
el grado de Maestro en Psicología Clínica

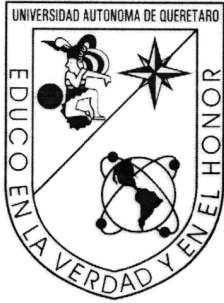
Presenta:

JULIO CÉSAR OSOYO BUCIO

Dirigido por:

MTRO. ADOLFO CHACÓN GALLARDO

Centro Universitario
Querétaro, Qro.
México
Febrero, 2013



Universidad Autónoma de Querétaro
Facultad de Psicología
Maestría en Psicología Clínica

TESIS

Que como parte de los requisitos para obtener el grado de
Maestro en Psicología Clínica

LA NOCIÓN DE REALIDAD PSÍQUICA EN LA OBRA DE FREUD

Presenta:

Julio César Osoyo Bucio

Dirigido por:

Mtro. Adolfo Chacón Gallardo

Sinodales

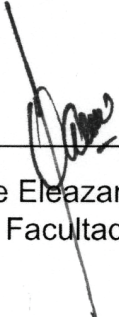
Mtro. Adolfo Chacón Gallardo
Presidente.

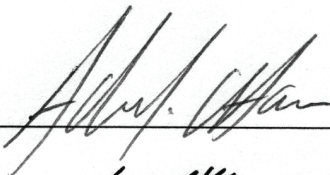

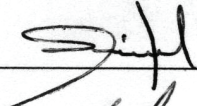

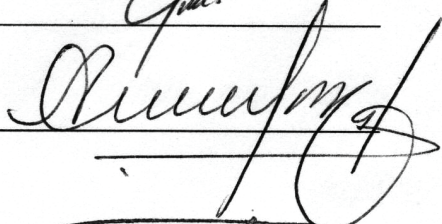
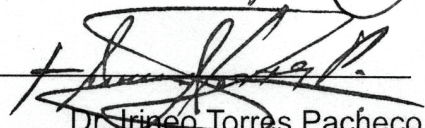
Dra. Raquel Ribeiro Toral.
Secretario.

Dra. María Laura Sandoval Aboytes.
Vocal.

Mtra. Betzaved Palacios Gutiérrez.
Suplente.

Mtra. Angélica María Aguado Hernández.
Suplente.


M. D.H. Jaime Eleazar Rivas Medina
Director de la Facultad de Psicología







Dr. Irineo Torres Pacheco
Director de Investigación y Posgrado

Centro Universitario
Querétaro, Qro.
Febrero de 2013
México

Agradecimientos

*Al Mtro Adolfo Chacón,
por su escucha, de principio a fin.*

*A Yolanda y a Herlinda,
por su singular ejemplo de perseverancia*

Resumen

El presente trabajo es el resultado de una investigación sobre la noción de realidad psíquica en la obra de Freud partiendo de una perspectiva que introduce la reflexión epistémica sobre la producción del saber en psicoanálisis y su articulación con la dimensión clínica como sus ejes fundamentales. Un momento a destacar en este recorrido investigativo es la forma en la que Freud recurrió a la escritura para explicar el modo de trabajo del aparato psíquico. Ésta problemática nos trasladó hasta los vocablos en alemán empleados por Freud en sus escritos para designar a la realidad. El resultado de esta investigación nos llevó a pensar al inconsciente como un proceso de inscripción y de transcripción de huellas mnémicas al interior del psiquismo, es decir, un proceso de lenguaje en donde la forma específica en la que se produce esta escritura da como resultado la existencia de una realidad singular: la realidad psíquica como resultado del discurso individual y subjetivo de cada cual.

(Palabras clave: realidad psíquica, epistemología, inconsciente, trabajo clínico, escritura.)

Summary

The following work is the result of an investigation about the notion of psychic reality in Freud's complete books initiating in a perspective that involves the epistemic reflexion about the creation of knowledge in psychoanalysis and its entailment with the clinical dimension as its main axes. A moment to remark in this investigative trail as to do with the way Freud's sorted the writing to explain the working mode of the psychic device. This problem took us until the German words used by Freud in his Works to name the reality. The result of this investigation took us to think in the unconscious as a process of register and transcription of memory trace inside of the psychism, namely, a language in which the specific form of this writing produce the existence of a singular reality: the psychic reality as the result of the individual and subjective speech of every one.

(Key words: psychic reality, epistemology, unconscious, clinical work, writing.)

Índice

Introducción.	08
Capítulo I. La construcción del saber en la obra freudiana.	15
1. Referentes epistémicos del trabajo freudiano.	16
2. Psicoanálisis: ¿ciencia natural o fábula freudiana?	31
Capítulo II. De la clínica médica a la realidad psíquica.	45
1. La clínica médica en el siglo XIX.	45
2. La teoría del trauma psíquico en la histeria.	51
3. Del evento traumático a la realidad psíquica.	62
Capítulo III. La realidad psíquica en los esquemas freudianos del aparato anímico.	69
1. La realidad psíquica en la carta 52.	69
2. El esquema del aparato psíquico en la interpretación de los sueños.	85
A modo de conclusión.	102
Referencias.	105

*Hallamos que para los neuróticos
no vale la realidad objetiva corriente,
sino la realidad psíquica.
Un síntoma histérico se funda en una fantasía,
y no en la repetición de un vivenciar real;
la consciencia de culpa, en la neurosis obsesiva,
se funda en el hecho de un mal designio
que nunca llegó a ejecutarse.*

Sigmund Freud

Psicología de las masas y análisis del yo.

Introducción

El presente trabajo es el resultado de una investigación sobre la noción de realidad psíquica en la obra de Freud partiendo de una perspectiva que introduce la reflexión epistémica sobre la producción del saber en psicoanálisis y su articulación con la dimensión clínica como sus ejes fundamentales. A partir de esta breve presentación, que de alguna manera condensa todo el contenido de la tesis, consideramos conveniente puntualizar algunos aspectos de la temática en cuestión, con la finalidad de presentar al lector un panorama general sobre las distintas problemáticas desplegada en el presente trabajo de tesis.

Primeramente nos topamos con el asunto relativo a la investigación en psicoanálisis: ¿Cómo se hace una investigación en psicoanálisis? ¿Qué características intrínsecas conlleva? ¿Por medio de qué metodología se consigue realizar una investigación exitosa? más aún, ¿a qué se le puede considerar una investigación exitosa en psicoanálisis?

El modelo epistémico propio del saber analítico, que debido a la especificidad de su dimensión teórico-clínica no se ajusta a ningún paradigma investigativo o filosófico, impide la utilización de una metodología proveniente de la amplia gama de posibilidades que de antemano se nos proponen como el camino a seguir desde la lógica de la ciencia, sea social o natural. Esto nos coloca delante de un primer problema a resolver donde la aparente carencia de un método preciso puede convertirse en el principal obstáculo para el despliegue de una investigación en psicoanálisis.

Sin embargo, en una reflexión detenida sobre esta cuestión, podemos observar que esta falta de método es sólo aparente y de ninguna manera constituye un obstáculo a vencer en el desarrollo de la investigación sino que más bien podemos considerarla como parte de su especificidad epistémico-metodológica. En los textos del propio Freud encontramos siempre señalamientos acerca de la singularidad investigativa del psicoanálisis así como de la manera de realizarla, reproducimos a continuación un pasaje de la obra de Freud, escrito en 1923, en donde encontramos una idea en ese sentido:

Psicoanálisis es el nombre: 1) de un procedimiento que sirve para indagar procesos anímicos difícilmente accesibles por otras vías; 2) de un método de tratamiento de perturbaciones neuróticas, fundado en esa indagación, y 3) de una serie de intelecciones psicológicas, ganadas por ese camino, que poco a poco se han ido coligiendo en una nueva disciplina científica. (Freud, 1923/2004, p. 231).

Para Freud, el psicoanálisis como tal, es en sí mismo un método de investigación y, por lo tanto, no requiere importar metodologías de otros campos del conocimiento, incluido el científico. Esta idea es desarrollada por la psicoanalista argentina Pura Cancino, en su trabajo titulado: *la investigación en psicoanálisis*, en los siguientes términos:

El psicoanálisis, antes de ser una teoría, es un método y para Freud es no sólo método en el sentido de la cura, sino también método de investigación. Freud define al psicoanálisis como esta combinación, esta rara y feliz combinación, entre un método de tratamiento de las enfermedades nerviosas, un método de investigación acerca de lo que las causa y una teoría producida por esta investigación. Entonces, partimos de esta afirmación: el psicoanálisis es un método de investigación, y a partir de aquí podemos empezar a elaborar sus especificidades. (Pura Cancino, 2008, contraportada.)

Una de esas especificidades investigativas que en este trabajo tomamos como eje de la reflexión tiene que ver con el lugar de confluencia entre la noción de realidad psíquica, entendida como referente explicativa y, la singularidad esencial y específica que se vehiculiza en el terreno de la práctica clínica del psicoanálisis. En estas ideas hemos basado la metodología en esta investigación toda vez que intentamos realizar un acercamiento a esta noción partiendo de considerarla no únicamente como una referencia explicativa, sino además, como aquello que a su vez se constituye como resultado del trabajo analítico y, fundamentalmente, a partir de él.

Consideramos así que la noción de realidad psíquica es una construcción teórica que no se superpone como modelo definitorio de una práctica en particular, y que por lo mismo, tampoco puede considerarse como la traducción directa de la experiencia acumulada en el tratamiento de innumerables casos clínicos, de ser así, estaríamos anclados en el costado inductivo de la metodología científica y la carencia central e irreductible del método pasaría siempre por la validación experimental de los postulados teóricos. Crítica permanente al freudismo desde la epistemología positivista.

Partiendo de las anteriores puntualizaciones podemos esbozar la problemática que sirvió de base para el desarrollo de esta investigación mediante la hipótesis de que la noción de realidad psíquica es el resultado de la experiencia freudiana al interrogarse a sí mismo

sobre aquellos aspectos centrales de sí mismo. La noción explicativa delimita así, al mismo tiempo, el problema investigativo y permite construir un objeto de estudio. (Que, a su vez, habrá de fundamentar, en un segundo momento, su operar técnico en el despliegue de la praxis psicoanalítica.)

Desde este costado, es decir, teniendo en cuenta la especificidad de la clínica y su relación problemática y tensional con el corpus teórico, intentamos abordar las diversas construcciones que Freud realizó en torno de la realidad psíquica. El resultado de estas reflexiones nos ha conducido hacia pensar a la realidad psíquica más que como un objeto a definir o delimitar, una noción elemental a problematizar.

Por lo tanto, el lector no encontrará en este trabajo un rastreo lineal y cronológico de la noción, ni tampoco una definición precisa y concluida de aquello que para Freud es la realidad psíquica, de ser así, hablaríamos de un *concepto* ceñido a una definición precisa y acabada, más bien propio de la metodología positivista; es por ello que, cuando hablamos de realidad psíquica preferimos utilizar la palabra *noción*, ya que nos indica, únicamente un conocimiento elemental en transición permanente hacia una conceptualización específica, es decir, un saber provisional que no se contempla como definitivo.

La singularidad del saber analítico que se construye en el curso de una cura impide la estabilización respectiva de los constructos teóricos en definiciones precisas. La teoría psicoanalítica no pretende aportar una explicación exhaustiva del caso en cuestión, funciona únicamente como una noción inexacta del saber que sólo se produce en el transcurso de la experiencia analítica a partir de la palabra del analizante, verdadero lugar del saber para el psicoanálisis en donde la realidad psíquica encuentra su justa dimensión. Es por esta razón que hemos decidido no escribir un apartado especial para hablar de conclusiones tal como es costumbre en la investigación académica; en vez

de ello, ofrecemos al lector un último apartado en donde se intenta esbozar algunas problemáticas que se han desprendido de esta investigación y marcan quizás el inicio de un nuevo recorrido por este sendero interminable del saber.

En el presente trabajo de investigación hemos leído los textos de Freud con los anteriores referentes epistémicos en mente, lo que para nuestra sorpresa, nos ha conducido directamente hacía un costado del propio Freud en el que él nos revela, vía sus escritos, una parte de sí mismo mediante la interpretación que hace de sus sueños, de sus falsos recuerdos y hasta del tipo de amor que prodiga a sus allegados. Encontramos así que Freud, al intentar dar cuenta de la noción de realidad psíquica entró en un terreno en el que dejó de ser un investigador ajeno a su objeto y más bien lo delimitó a partir de la investigación de su singularidad subjetiva: Freud pudo dar cuenta de la noción de realidad psíquica en psicoanálisis gracias al movimiento por el cual pasó de sujeto fenoménico a sujeto epistémico mediante su autoanálisis.

Ahora bien, ¿cuál es la estructura general de ese conocimiento elemental que obtuvimos sobre la noción de realidad psíquica en la obra de Freud a través de la escritura de esta tesis? Ofrecemos una vista panorámica del contenido temático de la investigación en los siguientes términos: en un primer momento centramos nuestra reflexión en torno del problema de la construcción del conocimiento en la obra de Freud, nos interrogamos sobre los referentes epistémicos de los que partió Freud en su proceso de construcción del psicoanálisis así como sobre la especificidad de los mismos, momento que según argumentamos, podría ofrecer una perspectiva para pensar en un modelo epistémico propio del psicoanálisis desvinculado de aquél que lo vio nacer.

Tenemos así que en la primera parte de la tesis, que comprende los capítulos I y II, partimos de la idea de que no es posible abordar un constructo teórico sin detenerse a

reflexionar sobre los fundamentos que lo constituyen, sobre sus bases y sus orígenes, de tal suerte que la propia reflexión nos condujo hasta la clínica médica del siglo XIX, suelo epistémico desde donde se desprendió el saber analítico a partir del interés freudiano por elucidar las complejas manifestaciones sintomáticas de la histeria.

Pasamos así por el momento de la hipnosis como técnica-práctica y de la teoría del trauma psíquico como su correlato teórico, no únicamente pensado como un referente histórico en cuanto a la constitución del método psicoanalítico, sino como un verdadero momento epistémico que permitió el descubrimiento del inconsciente a partir del movimiento efectuado por Freud al tomarse a sí mismo como objeto de indagación en lo que ha sido llamado su auto-análisis.

Una vez sentadas las bases sobre las que se podría fundamentar el modelo epistémico del trabajo freudiano; en la segunda parte de esta investigación nos introducimos en el estudio de los esquemas del aparato psíquico desde donde hemos podido analizar el esfuerzo de Freud por formalizar el saber del inconsciente a través de una serie de postulados teóricos. Hemos intentado ubicar el papel correspondiente a la realidad psíquica en lo que Freud llamó el proceso primario o el modo de trabajo del inconsciente así como en el resultado que se produce a partir de ello.

Un momento a destacar en este recorrido investigativo es la forma en la que Freud recurrió a la escritura para explicar el modo de trabajo del aparato psíquico partiendo de la propuesta de que éste último es una instancia en donde se producen una serie de retranscripciones periódicas de sus elementos de acuerdo con una serie de mecanismos específicos. Ésta problemática nos permitió pensar a la realidad psíquica como una producción desvinculada de la realidad objetiva y articulada a la fantasía y al deseo inconsciente, más bien emparentada con la creación literaria. Encontramos así un asidero

para vincular al psicoanálisis con el campo de la literatura y pensar así en abrir una nueva línea de investigación.

La realidad psíquica es una instancia en la teoría freudiana que coloca al psicoanálisis en un registro muy alejado de aquél defendido por el empirismo radical. No se trata entonces de buscar un correlato experimental que valide sus propuestas teóricas ni de someterse, por tanto, a las exigencias positivistas. Desde la lectura de los textos freudianos sostenida en esta investigación, proponemos que en psicoanálisis se trata más bien de pensar al inconsciente como un proceso de inscripción y de transcripción, es decir, de lenguaje, en donde la manera en la que se produce la escritura psíquica da como resultado la existencia de una realidad singular en la que cada cual habita. A grandes rasgos, son estas las coordenadas de la lectura que se propone en esta investigación sobre la noción de realidad psíquica en la obra de Freud.

CAPÍTULO I

La construcción del saber en la obra freudiana.

Inicio esta tesis de maestría en Psicología clínica con un capítulo sobre las problemáticas epistemológicas inherentes al psicoanálisis, implica correr el riesgo de perder de vista el objetivo central de esta investigación, a saber, delinear lo que en Freud se entiende por realidad psíquica y su articulación con la práctica clínica; sin embargo, se argumenta ante ello que es necesario tener un referente epistémico que permita entender y problematizar el despliegue conceptual que el tema presupone, así como también, adquirir un referente lo más claro y preciso posible respecto de la forma en la que Freud construyó el psicoanálisis, entendiéndolo no solo desde su costado teórico sino fundamentalmente como una praxis capaz de transformar la vida y el destino del hombre.

Partimos entonces de afirmar, que no es posible discutir los conceptos centrales del psicoanálisis sin detenerse a reflexionar de qué manera se han originado éstos y cómo se sostienen desde sus fundamentos epistemológicos; una labor, que por otro lado, implica un gran despliegue argumentativo en el terreno de la filosofía de la ciencia, pero que

dados los fines de esta investigación serán delimitados a intentar elucidar de qué manera se construye el saber en la obra freudiana, así como a especificar sus características y fundamentos particulares contrastándolos con el conocimiento científico.

1. Referentes epistémicos del trabajo freudiano.

Ubicar algunos referentes epistémicos presentes en los conceptos psicoanalíticos implica adentrarse, como punto de partida, en el momento histórico de su producción, en este sentido, el proceder metodológico de Freud como investigador cobra una importancia trascendental para la creación de su obra.

Creemos conveniente abrir dos líneas de análisis en cuanto al momento histórico implicado en la génesis de los conceptos del psicoanálisis; en primer término, buscamos analizar la noción de ciencia vigente en aquel momento, tradición epistémica vinculada al movimiento fisicalista alemán de la que Freud es heredero pero no continuador, el argumento sostenido en las siguientes líneas propone que Freud, como investigador, utiliza las herramientas epistémicas a su alcance pero las trasciende al delimitar su campo específico de investigación en lo que él mismo denominó realidad psíquica y al proponer un método específico para su investigación, que es el mismo psicoanálisis.

Proponemos una segunda línea de análisis de este momento histórico-epistémico de constitución del psicoanálisis en aquellos aspectos relativos a los pasajes biográficos de Freud, incluido su trabajo de autoanálisis, donde se puede observar la evolución de su conceptualización en consonancia con la aplicación que de ellos hace en su trabajo clínico, nos referimos específicamente al trabajo pre-psicoanalítico que Freud realizó en

el terreno de la hipnosis y que, de manera clara, ha sentado las bases para el surgimiento del psicoanálisis.

El paso de Freud por París en 1886 gracias a una beca concedida por la Universidad de Viena, ha dejado secuelas trascendentales para nuestro análisis epistémico, primeramente en la Salpêtrier de la mano de Jean Martin Charcot, Freud observó como los síntomas histéricos, en estado hipnóide, podían desaparecer o bien producirse por medio de la sugestión sin que el enfermo, al despertar, tuviera conocimiento de lo ocurrido. A partir de esta observación, Freud concluye que las causas de los padecimientos histéricos son de orden psíquico y no se deben a una lesión orgánica, es importante remarcar esta observación, porque lo aleja un trecho importante del positivismo lógico como la única vía para la investigación psíquica.

Una vez adquirido éste conocimiento en la Salpêtrier, Freud se dirige a Nancy con Bernheim, rival de Charcot, de quién traduce su primer libro al alemán. Gracias al contacto con este autor, Freud encontró otro eco fundamental para la aparición del psicoanálisis: que el sujeto no recordaba al emisor de la orden post-hipnótica ni sabía nada de él, sustituyéndola por otra razón cualquiera, para ocultar así el motivo real de su comportamiento.

Las observaciones anteriores le permiten a Freud llegar a la conclusión de que la consciencia y lo que ésta registra, es decir, la percepción sensorial conciente, no es lo esencial para la investigación psíquica; hay un algo más inatrapable por medio de la observación, el sujeto está dividido entre lo que sabe y lo que registra de eso y algo que definitivamente se le escapa. Freud, algunos años más tarde, llamará a esto realidad psíquica.

Una vez constituido vagamente su objeto de estudio en estos procesos que se escapan de la consciencia, Freud se topa con una nueva dificultad; ¿de qué manera habrá de estudiar éste objeto de estudio tan novedoso? ¿Por medio de qué procedimientos y estrategias metodológicas encarar este desafío? Es claro que el único marco de referencia disponible es el de su formación médica, o sea, el positivismo lógico, cuya discusión nos ocupará más adelante.

Creemos que en este punto se encuentra una de las razones por las cuales el lenguaje y el método en el momento del surgimiento del psicoanálisis, y conservado en muchos aspectos a lo largo de toda la obra de Freud, es genuinamente aquel proveniente de la tradición científica representada por Mach, Brucke, Du-Bois Reymond y el movimiento fisicalista Vienés del siglo XIX.

Encontramos así un trabajo de José Perrés titulado: *“El nacimiento del psicoanálisis,”* que nos muestra la forma en la que Freud abogó de manera reiterada a lo largo de su obra por inscribirse dentro del ámbito de la ciencia natural dominante en su época: *“Para Freud la ciencia es el único refugio posible para el hombre que se atreve a prescindir de Dios y de la ilusión religiosa para contar tan solo con sus propias fuerzas.”* (Perrés, 1988, p. 469). Escribe Perrés, seguido de una gran cantidad de citas que recorren toda la obra freudiana donde se puede leer la total adhesión de Freud al pensamiento científico.

El concepto de ciencia que encontramos en Freud no puede ser otro que aquel utilizado y reconocido en el ámbito de la medicina donde él realizó su formación académica. Paul Laurent Assout en su libro titulado *“Introducción a la epistemología freudiana.”* nos muestra que en el periodo de nacimiento del psicoanálisis existía en Europa una tendencia a separar el conocimiento científico en dos vertientes, propiciándose con ello fuertes debates en el entorno académico de la época: la ciencia natural y la ciencia de

la cultura; la primera posibilidad, que Assount denomina ciencias nomotéticas, se fundó en el inductivismo y en la experimentación; mientras que la segunda posibilidad, que Assount denomina ciencias ideográficas, han estado más bien centradas en el binomio comprensión/interpretación de acuerdo al modelo presente en la hermenéutica.

El problema que se debatía con respecto a la validez del conocimiento científico en los entornos intelectuales donde surgió el psicoanálisis, tiene que ver directamente con el método, ¿de qué manera, es decir, por qué vías se puede investigar de manera más acertada un fenómeno? Freud, de acuerdo a la lectura que Assount nos ofrece, no consideró siquiera esta postura naciente de las ciencias ideográficas como una posibilidad para su descubrimiento; no le interesó considerar algún otro método: el psicoanálisis es una *Naturwissenschaften*, una ciencia natural sin más:

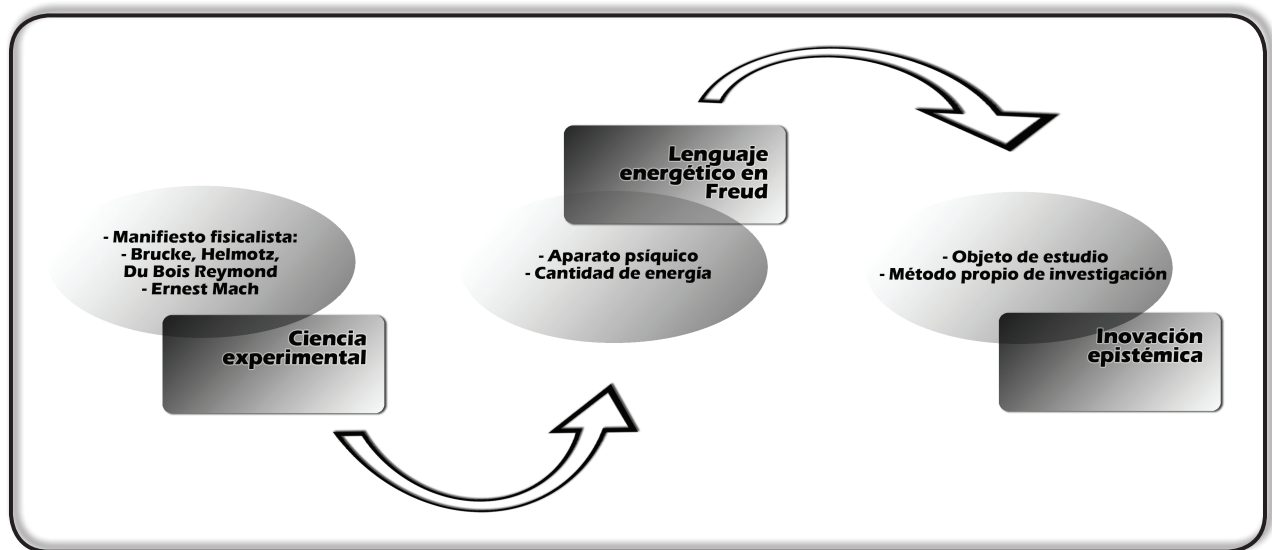
Ahora bien, veamos cómo se anuncia la originalidad freudiana: por su obstinación un tanto porfiada de etiquetar su psicoanálisis como *Naturwissenschaften*, se las arregla para eludir la pregunta, para ignorarla plácidamente. No escoge la ciencia de la naturaleza contra una ciencia del espíritu: Freud significa prácticamente que la alternativa no existe, que, tratándose de científicidad, no se puede hablar más que de ciencia de la naturaleza. Freud, aparentemente, no conoce otra. (Assount, 1982, p. 43)

De esta manera, Freud está inscrito directamente en el corazón de la ciencia natural dominante de su época; su lenguaje y su forma de explicar y argumentar sus descubrimientos está ineludiblemente marcada por este sesgo positivista: *“Freud colocó su campo de saber en ese lenguaje específico que se designa como positivista.”* (Assount, 1982, p. 25)

A partir de lo expuesto hasta este momento sostenemos el argumento de que muchos elementos epistémicos en la obra de Freud provienen de la noción de ciencia que el positivismo lógico estableció como el paradigma vigente para la producción del

conocimiento válido; esto quiere decir, por un lado, que el lenguaje energético y fisicalista presente en Freud es consecuencia de su entorno científico, y por el otro, que Freud, al no ajustarse a ese modelo merced a su objeto de estudio, produce una innovación que trasciende la dimensión empirista de la ciencia, utilizando sus componentes como una vía para romper con su significado y establecer mediante ello una significación inédita, tanto de los conceptos así establecidos, como de su metodología investigativa y la aplicación de ellos en su trabajo clínico.

En el siguiente cuadro podemos observar de manera esquemática la lectura que se propone en esta investigación respecto de los referentes epistémicos del trabajo freudiano:



Cuadro 1. Referentes epistémicos de Freud.

Según Assouant, los referentes epistémicos de los que partió Freud para su producción teórica pueden vincularse directamente a los siguientes nombres y escuelas, ceñidas todas ellas al empirismo lógico y al círculo de Viena: Ernest Mach, filósofo de la ciencia, así

como a la escuela compuesta por Helmholtz, Brucke, y Du Bois-Reymond, representantes de la fisiología clínica donde Freud realizó su formación médica.

La postura de éstos últimos en relación a la ciencia se puede leer en las siguientes líneas, una especie de manifiesto epistémico del que Freud indudablemente adoptó muchas ideas, Du Bois-Reymond en 1842, dice lo siguiente respecto a la ciencia:

Brucke y yo hemos contraído el compromiso solemne de imponer esta verdad, a saber: que sólo las fuerzas físicas y químicas, excluyendo a cualquier otra, actúan en el organismo. En los casos que esas fuerzas todavía no pueden explicar, hay que dedicarse a descubrir el modelo específico o la forma de su acción, utilizando el método fisicomatemático o bien postular la existencia de otras fuerzas equivalentes en dignidad a las fuerzas fisicoquímicas inherentes a la materia, reductibles a la fuerza de atracción y de repulsión. (Citado por Assount 1982, p. 48)

De acuerdo con lo planteado en estas líneas, a saber, que ninguna otra cosa distinta de las fuerzas físicas y químicas son aceptadas como objeto de estudio científico, podemos hipotetizar que mucho tiene que ver esta postura de la ciencia con el lenguaje utilizado en la obra freudiana con relación a las cantidades energéticas y al trabajo del aparato psíquico.

Freud, como un retoño tardío del movimiento fisicalista alemán, siguiendo en este punto la lectura de Assount, se vale del discurso y de las exigencias de sus maestros para elaborar sus teorías sobre la vida psíquica y, al hacerlo, produce un cortocircuito al introducir su propio método de investigación, dando como resultado el surgimiento del psicoanálisis.

La pregunta que se nos presenta a continuación gira en torno al método que siguió Freud en el proceso de constitución del psicoanálisis, un método que, de acuerdo a nuestra lectura, surge como resultado de dos cosas principalmente, en primer lugar, gracias a la

especificidad de su objeto de estudio y en segundo, virtud a la inadecuación entre ese objeto y la indagación experimental.

En este punto es conveniente recordar otro aspecto histórico que de igual manera contribuyó para la aparición del método psicoanalítico, nos referimos a la aplicación del método hipnocatártico de acuerdo a los principios de Joshep Breuer; este método utilizado en el tratamiento de pacientes histéricos a su vez estuvo basado en la teoría de la seducción, es decir, se consideraba que la etiología de los síntomas histéricos podía localizarse en un evento traumático de índole sexual sufrido por el paciente en los primeros años de su vida con efectos patógenos a posteriori.

En esos momentos iniciales de teorización, Breuer y Freud consideraban que el evento traumático se insertaba en el psiquismo como un cuerpo extraño, es decir, una representación patógena excluida del recuerdo consciente que al no haber sido abreaccionada tenía la fuerza suficiente para producir los síntomas histéricos; la representación del evento de seducción deviene patógena con posterioridad en el momento de la aparición de otro evento que se conecta con el primero porque la respuesta del psiquismo consiste en apartarla de la consciencia.

El tratamiento aplicado en aquellos años consistía en descubrir a la representación patógena excluida de la consciencia valiéndose para ello de la hipnosis, ya que según consideraban nuestros autores, esta técnica permitía ensanchar la consciencia haciendo más viable el surgimiento del recuerdo escindido. El papel del terapeuta consistía entonces, en guiar al paciente hasta el evento traumático y permitirle su abreacción y catarsis con la finalidad de desgastar la representación desde la que se producen los síntomas histéricos.

Sin embargo, muy pronto Freud comenzó a dudar de su teoría de la seducción, le parecía poco creíble que estuviera tan generalizado el abuso sexual infantil, y desconfiaba de la hipnosis por parecerle un método inaplicable a todos sus pacientes por igual. Delante de estas dificultades técnicas y teóricas, Freud sale al paso con una innovación que consistió en escuchar el relato de sus pacientes sin el uso de la hipnosis.

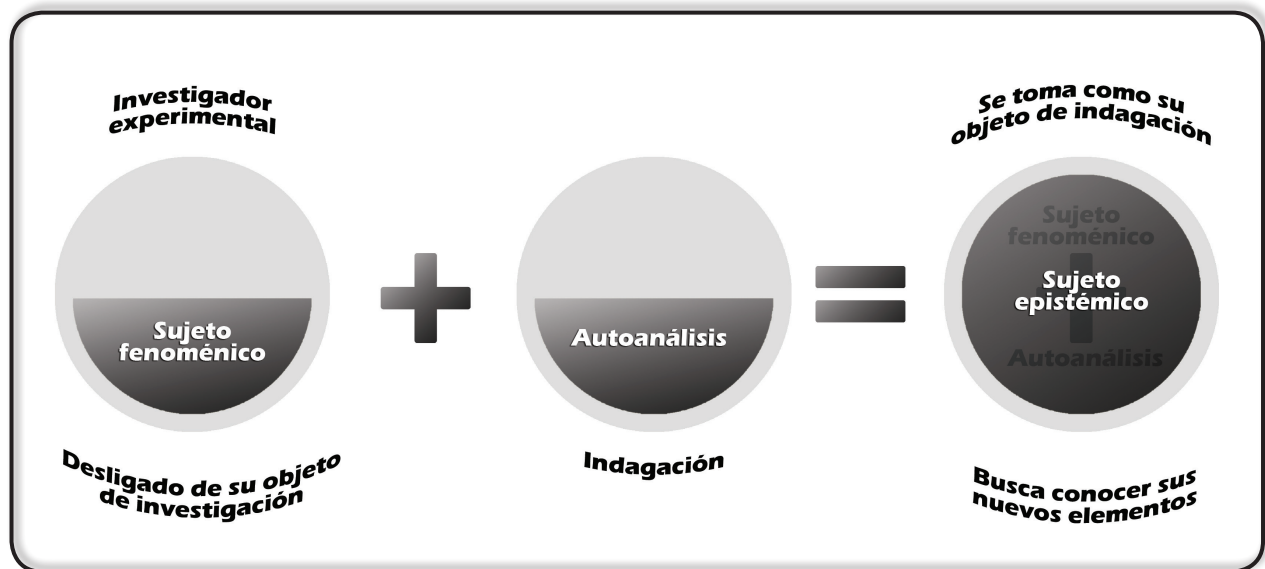
Esta innovación técnica le llevó a plantearse la posibilidad de que los recuerdos infantiles no fueran acontecimientos realmente vividos sino el resultado de fantasías de deseo sexual por parte de los niños, lo que conduce directamente a pensar en la existencia de la sexualidad infantil; creemos que en este punto se introduce un momento epistémico muy importante para la aparición del psicoanálisis: el momento en el que Freud decide investigar estas fantasías infantiles a partir de sí mismo.

El movimiento efectuado por Freud, elemento característico que permite la producción del saber psicoanalítico, según nos recuerdan Casas y Cuellar en su tesis inédita de maestría, ha seguido las siguientes coordenadas:

Se puede decir que Freud, como investigador, atiende el siguiente movimiento: de sujeto singular y fenoménico se transforma en sujeto epistémico, traduciendo al primero en objeto de conocimiento. Este movimiento es posible a través del fenómeno onírico y su análisis. (Casas y Cuellar, 1987, pp. 15)

El método freudiano consistió en un primer momento en tomarse a sí mismo como objeto de indagación mediante el análisis de sus sueños, para, en un segundo momento, construir sus elaboraciones teóricas: de sujeto singular y fenoménico, es decir, como un investigador ajeno a su objeto de estudio, se transforma en sujeto epistémico, es decir, se

toma a sí mismo, a la singularidad de sus elementos subjetivos, como su propio objeto de investigación. Podemos resumir lo dicho anteriormente en el siguiente esquema:



Cuadro 2: Movimiento freudiano de investigación

Creemos que en esto consiste la originalidad freudiana respecto a su singular modo de investigación, lo que según nuestra lectura, corresponde a un elemento epistemológico propio del psicoanálisis. Veamos lo que Freud mismo dice al respecto en el prólogo a la segunda edición de la interpretación de los sueños:

Es que para mi el libro posee otro significado, subjetivo, que solo después de terminarlo pude comprender. Advertí que era parte de mi autoanálisis, que era mi reacción frente a la muerte de mi padre, vale decir, frente al acontecimiento más significativo y la pérdida más terrible en la vida de un hombre. (Freud, 1900/2004, pp. 20)

De esta manera, Freud inició sus indagaciones sobre la vida psíquica tomándose a sí mismo como objeto de estudio mediante su autoanálisis a partir del abandono de la teoría de la seducción y de la técnica hipnocatártica. Creemos que este momento de transición

entre la técnica de Breuer y la asociación libre le permite a Freud delimitar claramente su objeto de estudio así como vislumbrar algunos de los conceptos centrales del psicoanálisis.

Ahora bien, ¿de qué manera Freud establece el marco conceptual del psicoanálisis? ¿Cómo lleva al concepto sus experiencias en el trabajo clínico? ¿con que características lo hace? Creemos que una vez más Freud se vale de los elementos que encuentra en su entorno científico para producir una innovación metodológica que da como resultado la singular forma de investigar en psicoanálisis.

En este sentido, es conveniente tener en cuenta lo relativo a las aportaciones de Ernest Mach al pensamiento freudiano. Este importante autor escribió una obra titulada: “conocimiento y error,” *best seller* de filosofía de las ciencias en aquel momento, una de cuyas propuestas se puede leer en las siguientes líneas:

No habiendo tenido la buena fortuna de poseer axiomas inconmovibles, el sabio se acostumbró a considerar como provisionales sus ideas y sus principios más seguros y mejor fundados, y siempre está dispuesto a modificarlos a consecuencia de nuevas experiencias. (Citado por Assount, pp. 81)

Hemos rescatado esta idea de Mach por la importancia que en términos epistémicos tiene para el psicoanálisis; Freud toma a la letra esta idea y la reproduce justo antes de algún aporte fundamental a su edificio teórico. La advertencia de que su propuesta teórica es sólo un supuesto provisional de carácter inofensivo, es una constante en su obra que nos conduce a centrar la reflexión en éste aspecto: ¿qué consecuencias a nivel epistemológico tiene esta advertencia freudiana respecto de la manera en la que son utilizados los supuestos provisionales? ¿en verdad Freud, consideró como supuestos provisionales, en el sentido que propone Mach, a sus nociones centrales?

En las siguientes citas podemos observar la manera en la que Freud utilizó la palabra supuesto para la creación de su teoría, intentamos sostener el argumento de que esta palabra forma parte de la singularidad del trabajo freudiano encontrándose en ella un punto importante de su especificidad epistémica de consecuencias notorias en su práctica clínica; tenemos así que en el capítulo VII de la interpretación de los sueños, texto fechado en 1900, a propósito de su modelo del aparato psíquico Freud nos dice lo siguiente: “Suponemos que un sistema del aparato, el delantero, recibe los estímulos perceptivos, pero nada conserva de ellos y por tanto carece de memoria.” (Freud, 1900/2004, p. 532)

En esta cita podemos observar que Freud trabaja de acuerdo a las enseñanzas de su maestro al partir de un supuesto para su conceptualización teórica, en este caso en particular, el supuesto en cuestión le sirve nada menos que para explicar la relación entre la percepción y la memoria, Freud produce así una explicación de los procesos básicos de la psicología.

Cinco años más tarde, en 1905, en el primero de los tres ensayos para una teoría sexual encontramos la misma estrategia en el trabajo de Freud; utilizada de igual manera que en el ejemplo anterior: un supuesto provisional que le sirve para explicar aspectos relativos a la existencia de la pulsión sexual, elemento central en su producción teórica: “El hecho de la existencia de necesidades sexuales en el hombre y el animal es expresado en la biología mediante *el supuesto* de una pulsión sexual.” (Freud, 1905/2004, p. 123)

De manera similar que en el texto anterior en los trabajos sobre metapsicología, escritos entre los años de 1913 a 1915, es posiblemente el lugar de la obra freudiana en donde éste se pronuncia con mayor claridad acerca de su procedimiento empleado para la producción teórica, vemos aquí y allá a lo largo de sus escritos, referencias directas en torno a esta idea del supuesto provisional.

Nos encontramos de esta manera con un texto capital en su obra titulado *Introducción del narcisismo*, este texto abre la reflexión acerca del yo en relación a su dinámica y características correlativas al sistema inconsciente, y a su modo de trabajo específico como encargado de la represión, Freud escribe lo siguiente:

Dada la total inexistencia de una doctrina de las pulsiones que de algún modo nos oriente, está permitido o, mejor, es obligatorio *adoptar provisionalmente algún supuesto* y someterlo a prueba hasta que fracase o se corrobore. (Freud, 1914/2004, p.75)

Freud no tiene reparos en aceptar claramente que parte de supuestos provisionales para la elaboración de sus principios, podríamos decir que este es un elemento importante en su método de trabajo; sin embargo, una vez más, fiel a su concepción de ciencia, aspira a la validación experimental de sus propuestas, validación que sin embargo, no le impide continuar con su trabajo conceptual: “Todas nuestras *provisionalidades* psicológicas deberán asentarse algún vez en el terreno de los sustratos orgánicos.” (Freud, 1914/2004, p. 76)

A partir de las anteriores citas podemos afirmar que la teorización freudiana parte siempre de supuestos provisionales de acuerdo a las enseñanzas de Ernest Mach, sin embargo, si detenemos atentamente la mirada en ellos podemos advertir que nunca son supuestos en el sentido pretendido de Mach ya que no representan una provisionalidad explicativa sujeta a la observación, sino que son el resultado directo de la estrategia utilizada por Freud para indagar la vida psíquica, es decir, son el resultado del movimiento sujeto fenoménico-objeto de investigación mencionado anteriormente.

Freud no parte en su producción teórica de la observación directa de los hechos empíricos, parte de estos supuestos que son el cimiento de su obra; constructos que van más allá de la Psicología y que no se refieren a aspectos cuantificables a pesar del lenguaje desplegado

en ellos; contradicción permanente en el núcleo mismo de su obra, aspecto insoluble de la experiencia freudiana que ha llevado a muchos a perderse en los filos siempre dispuestos de la exigencia comprobacional.

Ahora bien, la consecuencia inmediata que de ello se sigue en relación a su estatuto epistémico es de muy grandes alcances: el psicoanálisis no es un sistema teórico estable, bien fundamentado y con capacidad para explicar lo que sucede en la vida anímica de todos los hombres; el psicoanálisis existe en la medida en la que alguien sostiene como verdaderos esos supuestos provisionales y los considera como referentes esenciales de sí mismo y de su historia particular de vida, de acuerdo siempre con el movimiento freudiano para la investigación psíquica: partir de sí mismo.

Una vez más la experiencia analítica se ubica en primer plano, la apuesta por el despliegue de la palabra como una posibilidad de dar cuenta de los principios de la vida psíquica es el motor que le permite a Freud la teorización y el surgimiento del psicoanálisis. Proponemos así el siguiente esquema de la articulación entre la experiencia y la teoría freudiana:



Cuadro 3: Elementos epistémicos del saber en la obra freudiana

En términos metafóricos y únicamente con afán descriptivo podemos argumentar que la producción del saber en la obra freudiana desde nuestra lectura epistemológica, sigue la forma de un espiral en donde el primer giro roza el nivel de Freud sujeto psíquico en relación a aquellos elementos que el creador del psicoanálisis descubre de sí mismo gracias a ese movimiento por el cual se ubica como el centro de sus investigaciones mediante su (auto)análisis, para, en un segundo giro del espiral, constituir el nivel de los supuestos provisionales desde los que parte Freud en su trabajo de construcción teórica.

Esta segunda vuelta del espiral, es decir, lo relativo a la provisionalidad de los conceptos en psicoanálisis, funciona a su vez como un canal bidireccional que se articula en un tercer giro con el nivel de la experiencia clínica impidiendo en ambos costados la estabilización respectiva de sus niveles. Si propusimos la idea de que el psicoanálisis es una teoría inacabada, entonces su práctica clínica no se guía por una técnica específica de acción que resulte de aquella, sino que la construye en el mismo momento en que ésta se despliega. Al respecto Freud nos dice lo siguiente:

Pero estoy obligado a decir expresamente que esta técnica ha resultado la única adecuada para mi individualidad; no me atrevo a poner en entredicho que una personalidad médica de muy diversa constitución pueda ser esforzada a preferir otra actitud frente a los enfermos y a las tareas por solucionar. (Freud, 1912/2004, p. 111)

Hasta este momento, podemos advertir que el método de investigación freudiana sigue la forma de un espiral de tres giros que contempla los elementos que dan cuerpo al estatuto epistemológico del saber en psicoanálisis: una compleja articulación entre Freud sujeto psíquico, supuestos conceptuales provisionales y clínica de la transferencia.

Consideramos que los puntos tratados hasta este momento de ninguna manera aportan una visión definitiva de la problemática en cuestión, no pretendemos agotar la discusión

sino únicamente resaltar la problemática epistémica existente en los fundamentos psicoanalíticos. En el siguiente apartado intentaremos desplegar la idea de que la especificidad epistémica del psicoanálisis no puede ubicarse en el ámbito de la ciencia positiva sino que su modelo representa una forma inédita de producción de conocimiento, una forma que valdría bien nombrar, saber del inconsciente.

2. Psicoanálisis: ¿ciencia natural o fabula freudiana?

En un primer momento, a manera de continuidad de la problemática abierta anteriormente, abordaremos el asunto de la relación entre la realidad empírica y la teorización freudiana; relación compleja que merece ser considerada como un nivel de análisis que haga las veces de una puerta de acceso para la discusión en torno a la peculiar manera en la que Freud edificó su conceptualización sobre la vida psíquica.

De entrada, a partir de lo expuesto en el apartado anterior, podría dar la impresión de que el referente epistemológico del que partió Freud para la creación del cuerpo teórico del psicoanálisis tiene que ver directamente con la aplicación del método inductivo de acuerdo a los lineamientos del positivismo lógico. El método inductivo, habrá que recordar, tiene su punto de partida en la observación, elemento central en la investigación científica, que se privilegia como la vía de acceso al conocimiento para la posterior elaboración de conceptos que expliquen de la mejor manera y en sentido exhaustivo y concluyente el fenómeno en cuestión.

De acuerdo con este planteamiento, podría pensarse que la consecuencia inmediata de que Freud halla escuchado eso que escuchó, por ejemplo, las historias de sus pacientes histéricas, debería aterrizar en razonamientos lógicos deductivos expresados por medio de postulados teóricos que a su vez aspirarían a una validez universal. Si tal fuera el proceder

metodológico de Freud, centrado totalmente en el inductivismo radical, entonces faltaría un elemento de validación de sus postulados universales, es decir, la experimentación, como la prueba de veracidad y autenticidad de sus afirmaciones.

Justo en este punto inicia una de las discusiones tradicionales que desde la epistemología oficial se le ha hecho al psicoanálisis: ¿de qué manera prueban los psicoanalistas esos postulados tan excéntricos sobre la vida psíquica, aseveraciones al estilo Freud de que el niño desea sexualmente a su madre y por lo tanto quiere matar a su padre?

Como estos postulados son insostenibles por medio de la observación directa, concluyen los epistemólogos, entonces son falsos y el psicoanálisis es una mentira que nada tiene que ver con el verdadero rigor científico. Fin de la discusión. Pero Freud insiste, no cesa en su empeño de afirmar que su psicoanálisis pertenece al ámbito científico, tipo necio, Freud. Veamos más de cerca esta cuestión, porque nos interesa resaltar la peculiaridad investigativa y la innovación en cuanto a la producción de saber presente en el psicoanálisis.

Como mencionamos anteriormente, es muy conocida la intensión persistente de Freud a lo largo de toda su obra por inscribir al psicoanálisis en el ámbito de la ciencia natural, única posibilidad de conocimiento confiable sobre el mundo, capaz de combatir y ganar terreno sobre el pensamiento oscurantista, ilusorio y ficticio que, de acuerdo con el mismo Freud, se encuentra en todos los sistemas religiosos como un remanente de estados anteriores del ser humano.

Tomemos un ejemplo para ilustrar lo anterior; Freud en 1923, después de largos años de formulaciones y replanteamientos tanto conceptuales como metodológicos al interior de su doctrina, nos da su propia definición de psicoanálisis:

Psicoanálisis es el nombre: 1) de un procedimiento que sirve para indagar procesos anímicos difícilmente accesibles por otras vías; 2) de un método de tratamiento de perturbaciones neuróticas, fundado en esa indagación, y 3) de una serie de intelecciones psicológicas, ganadas por ese camino, que poco a poco se han ido coligiendo en una nueva disciplina científica. (Freud, 1923/2004, p. 231)

Esta afirmación freudiana, de que el psicoanálisis es una nueva disciplina científica, funcionó como el señuelo perfecto que atrajo rápidamente la atención de los encargados de velar por el buen camino del conocimiento científico. El punto central es examinar los fundamentos del psicoanálisis para determinar su inclusión o su exclusión de la ciencia; no basta, desde luego, que Freud afirme que su psicoanálisis es científico.

La discusión que desde la epistemología le han hecho a Freud tiene que ver justamente con la relación existente entre sus postulados y el referente empírico; es decir, desde la ciencia experimental y positiva se ha pretendido descalificar la validez de los conocimientos producidos por Freud debido a la ausencia de validación empírica de sus constructos.

Burrhus Frederic Skinner, psicólogo experimental norteamericano y uno de los pilares de la psicoterapia conductista, en un artículo escrito en 1954 que lleva por título: *Crítica de los conceptos y teorías psicoanalíticas*, es contundente en sus conclusiones: “La estrategia metodológica de Freud impidió la incorporación del psicoanálisis a la ciencia propiamente dicha.” (Skinner, 1954, p. 152). Desde su lectura, el psicoanálisis no puede considerarse científico porque carece de un método de validación experimental de sus postulados teóricos.

Para Skinner, lo que ha hecho Freud es elevar a un nivel de universalidad la particularidad de su experiencia por medio de un sistema de metáforas. El psicoanálisis en su costado teórico no sería más que el producto de la fantasía explicativa de un hombre gravemente

afectado por las peculiaridades de su historia de vida, pero bajo ningún motivo, un conocimiento científico digno de ese adjetivo.

Este mismo argumento se repite de manera casi idéntica en el trabajo del filósofo francés Michael Onfray que lleva por título: *Freud. El crepúsculo de un ídolo*. Publicado en francés en el 2010, en donde el principal argumento es que el psicoanálisis sólo es válido para Freud, es decir, que sus postulados teóricos únicamente son válidos en relación a lo que el propio Freud investigó sobre sí mismo, por lo tanto, el psicoanálisis es, a lo sumo, un sistema filosófico especulativo, en palabras de Onfray tenemos que:

El psicoanálisis –ésta es la tesis de este libro- es una disciplina verdadera y justa sólo en lo concerniente a Freud, y a nadie más. Los conceptos de la inmensa saga freudiana le sirven ante todo para pensar su propia vida, poner orden en su existencia: la criptomnesia, el autoanálisis, la interpretación de los sueños, la indagación psicopatológica, el complejo de Edipo, la novela familiar, el recuerdo encubridor, la horda primordial, el asesinato del padre, la etiología sexual de las neurosis y la sublimación, constituyen, entre muchos otros, otros tantos momentos teóricos directamente autobiográficos. El freudismo es en consecuencia, como el spinozismo o el nietzscheanismo, el platonismo o el cartesianismo, el agustinismo o el kantismo, una visión privada del mundo de pretensión universal. El psicoanálisis constituye la autobiografía de un hombre que se inventa un mundo para vivir con sus fantasma, como cualquier otro filósofo... (Onfray, 2010 p. 35)

Hasta este momento, según la lectura que nos ofrecen estos opositores del psicoanálisis, queda en pie que la crítica al freudismo se centra en la ausencia de un criterio de validación de sus postulados de acuerdo a las exigencias del método inductivo que la ciencia positiva tiene por ideal, apelando a la biografía de Freud como el campo patógeno desde el cual se originó su teoría; el psicoanálisis desde esta postura, es un saber no validado y, por lo tanto, insusceptible de universalidad y científicidad.

De acuerdo a nuestra lectura, podemos sostener que justo en esos lugares donde los críticos ven sólo una oportunidad para descalificar al psicoanálisis colgándole adjetivos que pretenden mostrar una visión patógena de Freud, es posible localizar los elementos peculiares del modelo epistémico propio del psicoanálisis, un modelo inédito con características propias, singulares y bien delimitadas, que lo alejan definitivamente de toda posibilidad de inscripción en cualquier parcela del conocimiento, así como de su total desautorización radical.

Como atentamente nos han recordado los críticos mencionados anteriormente, el psicoanálisis conlleva la particularidad de no constituir un saber validado y universal como la ciencia positiva lo exige; pese a todo, creemos que esta característica específica del psicoanálisis abre la puerta para reflexionar en torno a dos cuestiones importantes en nuestro esfuerzo por esbozar algunos elementos presentes en su modelo epistémico; en primer lugar, atenderemos la exigencia de experimentación desde el conocimiento científico cuestionando esta postura al interior mismo de su quehacer metodológico, con la finalidad de, en un segundo momento, intentar delimitar la especificidad del trabajo freudiano resaltando la originalidad y la valía presente en él.

Ahora bien, si analizamos no la crítica en sí, sino el elemento que está en la base de esta crítica, es decir, La Observación como El Camino para la producción del conocimiento científico, cosas interesantes suceden; parece que se afirman ciertas nociones al interior mismo de la ciencia, al tiempo que se caen otras. Centremos nuestra reflexión, entonces, en lo relativo a la observación como el elemento central de la ciencia.

De acuerdo con Alan Chalmers en su libro titulado: *¿qué es esa cosa llamada ciencia?* Se denomina inductivismo ingenuo a la creencia popular de que la ciencia se funda elaborando constructos teóricos a partir de la observación directa de fenómenos empíricos. Según

Chalmers esto es una creencia ingenua que se encuentran en la base misma de muchos dogmas científicistas que apelando al empirismo desechan todo saber no basado en esos términos, tenemos así que:

Según el inductivista ingenuo, la ciencia comienza con la observación. El observador científico debe tener órganos sensoriales normales, no disminuidos, y debe registrar de un modo fidedigno lo que puede ver, oír, etc., que venga al caso de la situación que esté observando y debe hacerlo con una mente libre de prejuicios. (Chalmers, 2011, p. 12).

Y agrega unas páginas adelante:

Según el inductivista ingenuo el conjunto del conocimiento científico se construye mediante la inducción a partir de la base segura que proporciona la observación. (Chalmers, 2011, p. 16).

Si analizamos aquellos postulados que determinan la científicidad del conocimiento desde dentro de la misma epistemología, encontramos que de ninguna manera la observación experimental puede ser colocada como el eje central que permite el acceso al conocimiento verdadero del mundo; más bien, es una ilusión o una ingenuidad, de acuerdo con las palabras de Alan Chalmers, pretender aprehender la verdad tomando como punto de partida la observación.

De esta manera, aun el método inductivo experimental más riguroso, preciso y ceñido completamente a la observación empírica carece, en sentido estricto, de validez, ya que la universalidad de sus propuestas jamás alcanzará la comprobación en cada uno de sus casos; es esta la argumentación de David Hume en su famoso postulado del escepticismo radical. Expresado en palabras de Chalmers tenemos que:

Cualquier evidencia observacional constará de un número finito de enunciados observacionales, mientras que un enunciado observacional hace afirmaciones acerca de un número infinito de posibles situaciones. La probabilidad de que sea cierta la generalización universal es, por tanto, un número finito dividido por un número infinito, lo cual sigue siendo cero por mucho que aumente el número finito de enunciados observacionales que constituyan la evidencia. (Chalmers, 2011, p. 32)

Cientificismo, es otra manera de referirse a la postura del inductivismo ingenuo y se refiere a esos grandes dogmas que, de alguna manera, se vinculan a la validación del conocimiento científico; en este sentido la crítica de Octave Manonni a los defensores del empirismo radical: “hay que distinguir los dogmas positivistas de las verdades científicas, aun si desempeñaron históricamente un papel capital en el descubrimiento de estas verdades.” (Manonni, 1973, p. 35)

Uno de esos grandes dogmas es lo relativo al par observación-experimentación, en tanto que, éste binomio tan defendido por la corriente positivista, no representa una forma inequívoca de validar el conocimiento, de hecho, como la observación directa no es suficiente para inducir postulados concluyentes se hace necesario para el conocimiento científico un momento previo de teorización anterior a toda observación.

Este momento previo a la observación y necesario para la producción científica; momento que podríamos denominar teórico, constituye un elemento inaceptable para los positivistas lógicos; toda vez que su exigencia insiste siempre en ceñirse completamente al referente empírico. En relación a esto Chalmers propone lo siguiente:

Para establecer la validez de un enunciado observacional, por consiguiente, es necesario apelar a la teoría y cuanto más firmemente se haya de establecer la validez, mayor será el conocimiento teórico que se emplee. Este hecho está en directa contradicción con lo que

podríamos esperar según la opinión inductivista, a saber, que para establecer la verdad de un enunciado observacional problemático apelamos a enunciados observacionales más seguros y quizás a leyes derivadas inductivamente de ellos, pero no a la teoría. (Chalmers, 2011, p. 50)

De esta manera, queda en pie que aún para la ciencia, la observación y la experimentación no representan el elemento esencial ni la prueba de validez y de veracidad del conocimiento. Por lo tanto, es imposible de satisfacer la exigencia hecha al psicoanálisis por los defensores del empirismo radical en cuanto a la validación experimental de sus postulados, ya que ni siquiera al interior de la ciencia se puede lograr este cometido de forma exhaustiva.

De la líneas anteriores podemos extraer la conclusión de que aún al interior del conocimiento que es producido por la ciencia y desde ella, existen pasajes y momentos de incertidumbre e indefinición que nos llevan a afirmar que todo conocimiento, aun el científico, tiene un costado de provisionalidad que lo vuelve susceptible de error y, por la tanto, de modificación y posible superación.

Habría aquí entonces, un momento de confluencia discursiva entre el conocimiento científico y el psicoanálisis ya que ambos consideran a la inducción como algo bastante ingenuo e innecesario para la producción de conocimiento. La singularidad de ambas disciplinas consiste en lo que está antes de ese momento y en lo que se hace posteriormente con ello.

Quisiéramos remarcar la importancia que tiene este punto para nuestra investigación: la singularidad del psicoanálisis con respecto a su forma peculiar de producir conocimiento se relaciona directamente con su forma de entender y problematizar el material proporcionado por la observación empírica, más aún, con aquello que es susceptible de observación y con la posición específica del observador.

Analicemos ahora lo relativo al modo de trabajo de Freud con respecto a la observación ya que según nuestra lectura, cada vez que Freud afirma que sus conceptos son obtenidos a partir de la base segura que proporciona la observación, se refiere a otra forma de observación muy distinta de aquella defendida por el empirismo. Citemos lo que Freud argumentaba en 1912:

En estas páginas me propongo exponer sobre la base de impresiones obtenidas empíricamente, los cambios de condiciones que son los decisivos para que en las personas predispuestas estalle una neurosis. (Freud, 1912, citado por Pérres 1987, p. 473)

Lo que Freud dice que son hechos observados empíricamente, son elementos extraídos de su trabajo clínico, es decir, cosas que le fueron dichas o conclusiones que, como hemos mencionado anteriormente, él obtuvo en su autoanálisis. Esta delimitación es fundamental para nuestro análisis epistémico porque nos permite conocer la relación muy singular entre el concepto y el lugar desde donde éste surge.

Freud, al interesarse más por el relato de sus pacientes que por comprobar la certeza fáctica de tal o cual situación, introduce la posibilidad de investigar tomando como punto de partida no a la realidad sino a la fantasía, es decir, a la realidad psíquica, como el la nombró. No es el hecho empírico lo que da origen a la conceptualización, es la puesta en palabras de los registros psíquicos de las vivencias lo que marca la impronta del psicoanálisis como método de investigación.

Consideramos conveniente citar un pasaje de la obra freudiana donde se expone de manera clara la noción de ciencia para el creador del psicoanálisis con la finalidad de contrastar la estrategia metodológica de Freud con aquella proveniente de la ciencia, entendida desde luego, más allá del positivismo lógico. Freud argumenta lo siguiente:

Muchas veces hemos oído sostener el reclamo de que una ciencia debe construirse sobre conceptos básicos claros y definidos con precisión. En realidad, ninguna, ni aún la más exacta, empieza con tales definiciones. El comienzo correcto de la actividad científica consiste más bien en describir fenómenos que luego son agrupados, ordenados e insertados en conexiones. Ya para la descripción misma es inevitable aplicar al material ciertas ideas abstractas que se recogieron de alguna otra parte, no de la sola experiencia nueva. (Freud, 1914, p. 73.)

En este sentido, la afirmación freudiana de que el psicoanálisis es una ciencia deja de sonar tan disparatada; el proceder metodológico de Freud, no es ni cercanamente parecido al del inductivismo ingenuo, encontrando más bien una gran similitud entre lo que Alan Chalmers plantea como conocimiento científico en tanto que Freud no se contenta con enunciados observacionales simples buscando elaborar nociones universales supuestamente infalibles y perfectas; sino que desde la misma descripción de los hechos intenta ir más allá de ellos aplicando *ciertas ideas abstractas que se recogieron de alguna otra parte, no de la sola experiencia nueva*.

Justamente en este punto podemos localizar un elemento de la originalidad en cuanto a la producción del conocimiento en la obra freudiana; mientras que en la ciencia el momento previo a la inducción es la teorización, en el psicoanálisis las construcciones teóricas tienen que ver, de alguna o de otra manera, con el autoanálisis de Freud y son, por lo tanto, de carácter secundario para el despliegue de la práctica clínica.

El ojo agudo de Michel Onfray no se equivoca una vez más: la teoría freudiana, es verdad, se despliega por una parte gracias a la investigación que Freud realizó sobre sí mismo mediante la relación epistolar y encuentros esporádicos que él llamó congresos, con Wilhem Fliess en los años anteriores a la aparición del psicoanálisis extendiéndose hasta 1900. Ahora bien, ¿Qué sucede cuando llevamos la reflexión un paso más allá de la

crítica? ¿Qué consecuencias tiene para el psicoanálisis que su costado teórico esté en relación directa con Freud sujeto psíquico?

La producción del conocimiento en la obra Freudiana se juega en consonancia con aquellos elementos que Freud descubre en su inconsciente y que le permiten observar los hechos de su práctica clínica, no como fenómenos cargados de evidencias descriptibles y clasificables sino como una forma peculiar de escucha donde la verdad se determina a partir de que alguien pone en juego su capacidad de hablar. La teoría de Freud es un intento fallido por dar cuenta de las verdades del inconsciente.

La teoría psicoanalítica, de este modo, no representa una guía franca e ineludible de aquello que el analista hace y dice en su consultorio. Las conjeturas freudianas no dan origen a un sistema estable que determine los caminos por los cuales transita un psicoanálisis; este punto, es verdad, es discordante con el conocimiento científico, que sí aspira a consolidar, al menos por un tiempo, un método confiable que guíe sus investigaciones. El psicoanálisis no es un sistema estable como la ciencia.

El hecho de que Freud se halla enterado de cosas de sí mismo mediante su autoanálisis le permite ubicarse de diferente manera respecto a lo que observa en sus pacientes; una manera de observar distinta de la ciencia en donde cosas irreales, que empíricamente no sucedieron, como hechos fantaseados o sueños incomprensibles, son ahora tomados con la misma importancia que la realidad empírica.

Esta característica, de que Freud no parte en su trabajo (tanto clínico como teórico) de evidencias comprobables sino justamente de todo lo contrario, es decir, del despliegue de la fantasía o de absurdos incomprensibles fácilmente registrables cuando alguien intenta decir algo sobre sí mismo; dan como resultado esta fractura en el conocimiento

científico que llamamos psicoanálisis, cuya razón de ser no consiste en explicar todos los hechos de la vida psíquica mediante enunciados universales sino en permitir que alguien se construya unos referentes individuales que le permitan sostener lo que en sí mismo se encuentra de verdad irreplicable.

“La clínica psicoanalítica es el estudio de un caso a profundidad”, nos recuerdan Casas y Cuellar en su trabajo de tesis citado anteriormente; estudiar un caso a profundidad, implica permitir que el paciente diga todo lo que tenga para decir, sobre sí mismo o sobre cualquier cosa, sin ningún tipo de direccionalidad o restricción. No hay historia clínica o del desarrollo, pruebas o test psicológicos que guíen el discurso del paciente o el accionar del analista, por el contrario, la escena clínica se despliega sobre la base de la regla fundamental del psicoanálisis: diga todo lo que se le ocurra.

Esta invitación a hablar incluida en la regla fundamental, da como resultado que el estudio de un caso a profundidad supere toda dimensión teórica del marco conceptual psicoanalítico, ya que si el discurso del paciente, es sostenido en su verdadera especificidad y con sus matices propios individuales, la teoría no alcanza para explicarlo en forma definitiva en su conjunto: ninguna teoría podría decirle a alguien quién es y cómo vivir su vida.

La superación de la teoría por el caso particular tiene la consecuencia de impedir la estabilización y la formalización de los postulados en un sistema que pueda ser tomado como marco referencial orientador del trabajo clínico. La peculiaridad epistémica del psicoanálisis es esta: No hay un sistema teórico de principios que determinen el quehacer del analista y direccionen el trabajo clínico.

La dirección del trabajo clínico en psicoanálisis se construye en consonancia con el avance mismo del tratamiento en el marco de la relación paciente-analista que Freud ha

dado en llamar transferencia; marco singular, propio e irrepetible, que imposibilita todo intento de formalización y de experimentación. La transferencia como motor de la cura impide la estabilización del psicoanálisis en un procedimiento universal y comprobable; insusceptible de expresarse en formulas cerradas o mediante una metodología precisa.

Desde esta perspectiva, la lectura propuesta en esta tesis sostiene que la producción del conocimiento en la obra freudiana sigue la línea marcada por la ciencia en cuanto a la necesaria dependencia de la observación como el eje de la teorización, pero se separa radicalmente de ella al introducir la dimensión de la experiencia analítica como el motor que permite el despliegue de la construcción teórica, así como también en lo relativo al papel que desempeña la teoría en la práctica.

El psicoanálisis representa, de esta manera, una forma peculiar de conocimiento que no tiene precedente alguno para la epistemología verificacionista y, por lo tanto, no debería ser juzgado desde sus referentes. El psicoanálisis representa la posibilidad de conocer la verdad del deseo del hombre que se construye con palabras y derrumbes, una forma de verdad singular, propia, irrepetible que no admite reproducción ni validación empírica justamente porque no apunta a lo universal, como la ciencia, sino a la singularidad subjetiva de cada cual.

De lo dicho anteriormente podemos concluir provisionalmente que en la ciencia se trata de producir un conocimiento universalmente válido y confiable; un conocimiento que nos asegure un transitar más sencillo por el mundo y haga nuestros entornos y situaciones más cómodas, seguras y placenteras. Por el otro lado, en el psicoanálisis se trata de producir un saber individual que nos asegure la posibilidad psíquica de acceder a un lugar simbólico, y no de padecer, entre otras cosas, los beneficios que la ciencia nos aporta.

Cerramos este apartado con la siguiente reflexión de Octave Mannoni: “La ciencia y el psicoanálisis no pueden entrar en oposición, no se contradicen, salvo para quienes no son científicos ni psicoanalistas.” (Mannoni O., 1973, p. 42)

CAPÍTULO II

De la clínica médica a la realidad psíquica.

1. La clínica médica en el siglo XIX.

En este capítulo se intentará mostrar el momento, y no sólo en un sentido histórico sino sobre todo conceptual y metodológico, en el que Freud dejó de lado su práctica clínica como médico neurólogo para arriesgarse a producir una concepción innovadora de los padecimientos psíquicos y de su forma de tratamiento, dando como resultado la creación del psicoanálisis. De entrada, creemos conveniente situarnos en el universo de la clínica médica del siglo XIX de la que Freud es heredero pero no continuador, para observar sus características y pensar en sus modos singulares de hacer y de decir, con la finalidad de remarcar la magnitud del pasaje y del rompimiento realizado por Freud.

Hablemos entonces un poco de la medicina del siglo XIX: su práctica clínica está basada en la mirada, el ojo es el órgano fundamental para la investigación y determina la forma

en la que los casos son abordados, la mirada desempeña un papel central tanto en la transmisión como en la producción del conocimiento. Podemos observar aquí una articulación directa entre el trabajo de la medicina del siglo XIX y el naciente método inductivo para la investigación científica cuya discusión nos ocupó en el capítulo anterior, afirmamos entonces, que ambos son correlatos del mismo discurso cuyo último reducto se ubica en el positivismo lógico.

Continuando con la reflexión en torno a la práctica médica moderna encontramos en un texto del psicoanalista francés Guy Le Gaufey (2006), que lleva por título: *¿Es el analista un clínico?*, la observación de que no solamente aquello que es mirado, es decir, la enfermedad, sino la forma en la que se la nombra, han determinando la característica de la medicina del siglo XIX. Nombrar significa ponerle un signo a algo, significarlo, volverlo parte de una especie y excluirlo de otra, desde esta perspectiva, es común observar en la historia de la medicina que enfermedades, síndromes o incluso partes anatómicas que recién han sido descubiertas reciben el nombre de aquel que las observó por primera vez. En el horizonte de la clínica médica del siglo XIX se verifica, entonces, un pasaje del orden de la naturaleza de la enfermedad a la artificialidad de los signos que dan cuenta de ella; la enfermedad es así, un lenguaje compuesto por signos enigmáticos que el médico experto debe saber leer, de esta forma, se instituye el hospital como lugar de signos más que como lugar de enfermedades.

Hasta este momento, tenemos en pie que el modelo médico reinante en la época de formación de Freud conceptualizaba a la enfermedad como un lenguaje, lo que sin duda, abre la tentación de situarnos muy cerca del modelo psicoanalítico, sin embargo, creemos que aún podemos profundizar más en torno de esta idea, pues dar cuenta del pasaje de la clínica médica al método psicoanalítico exige cuestionamientos y derrumbes constantes, tal como sus referentes históricos nos lo indican.

Durante los largos años de la edad media se creía que existía una esencia característica de cada una de las enfermedades, esta esencia particular, estaba en parte emparentada con la creencia místico-religiosa del mal y del demonio. Habría, de esta forma, una enfermedad específica causada por algo en particular: el demonio y sus fuerzas oscuras y milenarias.

Michel Foucault en el libro que lleva por título *El nacimiento de la clínica*, nos indica que en el siglo de las luces como resultado de la ilustración, se produce un viraje hacia la idea de que las manifestaciones de la enfermedad no son un todo unitario y coherente, bien articulado e identificable; sino que más bien los signos visibles en una enfermedad se enlazan directamente con un agente causal oculto, de la misma manera que lo hace un signo para la semiótica. Se plantea así una clínica de los signos y de su observación. El valor del signo se juega en su capacidad de referencialidad a una realidad material por sobre la inmaterialidad de su presencia; existe entonces, un lazo inseparable, que nos permite entender la patología médica, entre el signo y el referente al que éste representa.

De esta manera, dos enfermedades distintas pueden presentar el mismo signo clínico sin por ello ser consideradas como la misma enfermedad; un mismo signo puede presentarse en varias patologías, por ejemplo, la fiebre que es una reacción del sistema inmunológico del organismo ante la presencia de un agente infeccioso, puede presentarse en diversas clases de infecciones. Es labor del médico experto, entonces, conducir el signo hasta su referente causal desde donde se articula como tal o cual enfermedad.

El siglo XIX, cuya síntesis última nos conduce al psicoanálisis, es el siglo de la nomenclatura, no ya de la mera descripción sistemática de las enfermedades al estilo de la botánica sino de la articulación de los signos en entidades que luchan mediante el esfuerzo riguroso de la mirada médica por ser precisas y bien definidas. En este modelo médico

hace falta un lugar donde se desarrolle la escena semiótica de los signos enigmáticos y de sus referentes escondidos, ese escenario no puede ser otro que el cuerpo: lugar por excelencia donde la mirada de asombro reposa intranquila hasta convertirse en la palabra precisa que define y sabe explicar y curar a la enfermedad. De acuerdo con Foucault en el texto citado anteriormente, tenemos que:

El espacio de configuración de la enfermedad y el espacio de localización del mal en el cuerpo no han sido superpuestos, en la experiencia médica, sino durante un corto periodo: el que coincide con la medicina del siglo XIX y los privilegios concedidos a la anatomía patológica. Época que marca la soberanía de la mirada, ya que en el mismo campo perceptivo, siguiendo las mismas continuidades o las mismas fallas, la experiencia lee de un golpe las lesiones visibles del organismo y la coherencia de las formas patológicas; el mal se articula exactamente en el cuerpo, y su distribución lógica entra en juego por masas anatómicas. (Foucault, 1966/2004, p.16)

Este es el discurso de la ciencia médica que el creador del psicoanálisis habría de retomar sólo a medias, pues nos hace pensar si el inconsciente freudiano respeta la misma organización del signo cuyo referente se encuentra en algún lugar por detrás de su significación. Se abre así la interrogante sobre si desde los planteamientos freudianos el referente que el clínico siempre busca para completar la significación correcta del signo habrá de encontrarse en el inconsciente o si, en otras palabras, el trabajo psicoanalítico busca dar cuenta de los referentes ocultos de los síntomas manifiestos: ¿es el psicoanálisis una actualización del saber médico pero ahora en relación al inconsciente? ¿se trata, entonces, en la práctica del psicoanalista de hacer consciente lo inconsciente?

Discusión que nos ocupará a lo largo del presente capítulo pues la pregunta que está en su base nos conduce a dos alternativas discordantes entre sí, a saber, identificar al psicoanálisis con el modelo médico en donde los síntomas remiten a una entidad patológica construida de antemano por el saber del especialista, o bien, pensar en una práctica

clínica donde la realidad del signo queda supeditada a la inexistencia formal y material de su referente, es decir, pensar al inconsciente no como agente causal sino como efecto de la represión; el inconsciente no como realidad histórica verificable, objetiva y lineal sino como efecto de la realidad psíquica: invención freudiana que nos conduce a un lugar muy lejano de aquel propuesto por los maestros en la medicina moderna de Freud.

Resumiendo lo dicho hasta aquí podemos precisar algunas características de la práctica médica del siglo XIX vigente en muchos aspectos hasta nuestros días: los médicos miran el cuerpo, descubren algo raro que no marcha bien; piensan que eso es un signo visible de una enfermedad invisible; buscan más información y la obtienen después de una exhaustiva pesquisa teniendo siempre al cuerpo del enfermo como escenario de la exploración, no se dejan engañar; luego de pensarlo muy bien asignan un nombre al conjunto de signos y síntomas encontrados, lo llaman enfermedad, síndrome o mal y establecen el diagnóstico y el pronóstico. Comienza entonces la lucha entre el experto y la enfermedad, no únicamente contra los signos y síntomas observables sino contra aquello desde lo cual estos se producen.

Al actuar así, los médicos modernos restituyen el camino desde los referentes ocultos hasta los signos manifiestos. Delante de esta práctica es posible elucidar claramente que lo que se juega en todo momento como método en la medicina moderna tiene que ver con una clínica de la semiótica centrada en la observación y en la experimentación donde el éxito se obtiene en la medida en la que el experto sabe leer y descifrar adecuadamente los signos y los síntomas enigmáticos que la enfermedad le presenta.

A partir de las anteriores reflexiones es posible ubicar de manera precisa en el núcleo de la práctica médica un método clínico exhaustivo y riguroso, ceñido en su totalidad al método científico y absolutamente de acuerdo con los principios de la entonces naciente

ciencia positiva cuyos postulados centrales podemos resumir en los pasos centrales de toda ciencia fáctica: observación, experimentación y comprobación.

Freud, al igual que todos los médicos del siglo XIX, operaba de esta manera; sin embargo, llegados a este punto vale la pena preguntarse si es posible leer de esta misma forma, utilizando estas mismas estrategias, el modo de trabajo del aparato psíquico. O, en otras palabras, si Freud, desde su formación como médico, ¿leyó así el contenido de los sueños? ¿En qué momento se distrajo de la mirada médica? ¿Qué fue lo que lo distrajo? ¿Qué dio como resultado todo ello?

La bisagra entre el Freud neurólogo y el Freud analista no puede ser otra que la teoría del trauma psíquico, en este sentido, el papel que desempeña la histeria como entidad nosológica es de gran importancia para nuestra investigación porque permite ubicar de manera clara el momento en que Freud renuncia al esquema semiótico de la medicina moderna e introduce una concepción teórica novedosa en donde lo central no es el trauma efectivo sino el modelo del aparato psíquico cuya teorización última descansa en la realidad psíquica.

En el apartado siguiente se intentará centrar la discusión en el papel que el descubrimiento freudiano del inconsciente ha tenido en relación a esta modalidad de la clínica médica moderna, así como los cambios, virajes y discontinuidades por los que este descubrimiento freudiano ha transitado hasta constituir lo que actualmente conocemos como psicoanálisis.

2. La teoría del trauma psíquico en la histeria.

La teoría del trauma psíquico se ha convertido en un elemento de divulgación masiva entre los psicólogos de profesión y entre aquellos otros de convicción. Es un hecho cotidiano, y muy frecuente pensar que un malestar psíquico actual tiene su origen en tal o cual evento doloroso o traumático acontecido en algún momento del pasado, por ejemplo, durante la infancia. A partir de esta idea, se considera conveniente como método terapéutico, reconducir al enfermo hasta la situación traumática anterior para de esta manera aliviarlo del padecimiento que lo aqueja. Muchas prácticas clínicas actuales desde la psicología trabajan de acuerdo con este modelo, es decir, realizan una especie de ascensis de la herida para permitirle una cicatrización adecuada.

Con fundamento en las anteriores reflexiones es conveniente abrir la interrogante sobre si las cosas funcionan de este modo en psicoanálisis o si esta idea proviene de fuentes psicoanalíticas o en dónde se originó. Es indudable el parentesco que este modo de pensar el trauma psíquico tiene con la clínica de la medicina moderna, sin embargo, consideramos conveniente examinar tanto su origen como su eficacia terapéutica con la finalidad de establecer una delimitación clara entre los postulados del psicoanálisis y aquellos provenientes de la medicina.

Nos encontramos así, con un momento importante para la fundación del psicoanálisis: el momento en el que Freud se pregunta por el trauma psíquico. Estamos en 1893, justo a

finales del siglo que vio nacer el modelo de la clínica médica vigente hasta nuestros días y cuyos postulados centrales fueron discutidos anteriormente. El trabajo de Freud que da cuenta de este momento de transición entre la prehistoria y la historia del psicoanálisis puede encontrarse en *La comunicación preliminar de los estudios sobre la histeria*.

Es importante subrayar que las concepciones expuestas en esta obra son elaboradas conjuntamente entre Freud y su amigo y colega Josef Breuer, como si en este momento pre-psicoanalítico Freud fuera incapaz de sostener un discurso sobre la histeria por sí mismo. El interés de Freud como médico recae en la histeria y ésta lo lleva a preguntarse por sus fenómenos y por sus mecanismos específicos. Algo del orden de la histeria cautivó a Freud y lo impelió a descifrar sus enigmáticas manifestaciones sintomáticas.

Habrá que recordar que el modelo vigente en la clínica médica parte del supuesto de que los síntomas visibles se deben a un agente causal invisible, al que se le debe combatir para curar la enfermedad, de esta manera, de acuerdo con Freud tenemos que:

Antes bien, debemos aseverar que el trauma psíquico, o bien el recuerdo de él, obra al modo de un cuerpo extraño que aún mucho tiempo después de su intrusión tiene que ser considerado como de eficacia presente. (Freud, 1893/2003, p. 32)

En esta cita encontramos que justamente la idea que predomina en este momento temprano de la obra de Freud apunta hacia el modelo de la clínica médica. El síntoma manifiesto es el primer elemento del modelo semiótico de la clínica médica, luego entonces, hace falta buscar su referente para completar la significación correcta. Utilizando la metáfora del cuerpo extraño, Freud nos da a entender que éste debe ser extirpado o sacado para eliminar sus efectos. Justamente el tratamiento terapéutico utilizado por Freud en esos años mantiene exactamente la misma línea de pensamiento:

Los síntomas histéricos particulares desaparecían enseguida y sin retornar cuando se conseguía despertar con plena luminosidad el recuerdo del proceso ocasionador, convocando al mismo tiempo el afecto acompañante, y cuando luego, el enfermo describía ese proceso de la manera más detallada posible y expresaba en palabras el afecto. (Freud, 1893-95/2004 p. 32)

A esta explicación del tratamiento podemos agregar la siguiente argumentación en relación a la forma de su acción terapéutica:

Cancela la acción eficiente de la representación originariamente no abreaccionada, porque permite a su afecto estrangulado el decurso a través del decir, y la lleva hasta su rectificación asociativa al introducirla en la conciencia normal (en estado de hipnosis ligera) o al cancelarla por sugestión médica, como ocurre en el sonambulismo con amnesia.” (Freud, 1893/2003, p. 42).

En el tratamiento utilizado por Freud en esos años se trata, entonces, de permitir que el paciente elabore un relato sobre el evento traumático utilizando a la hipnosis como soporte y como sustento de la práctica clínica. En esto consiste la psicoterapia de la histeria en 1893 que va acompañado de la siguiente elaboración teórica: la hipnosis es un estado de ensoñación artificial inducido por el médico que permite un ensanchamiento de la conciencia que a su vez posibilita acceder al recuerdo patógeno.

En esta breve descripción del mecanismo de la histeria podemos observar la idea de que no todo se encuentra en la conciencia, más aún, la noción de trauma psíquico nos invita a pensar en una especie de escisión de la misma que permite la existencia de recuerdos patógenos por detrás de ella. Los recuerdos patógenos, de acción eficiente para la producción sintomática, son más bien representaciones inconciliables con el orden de la conciencia y por esta razón han sido excluidos de ella. Freud, en este momento, concibe

a la conciencia como una cadena en la que cada eslabón es una representación que se enlaza con otra hasta formar un conjunto extenso de representaciones asociadas entre sí.

El trauma psíquico, entonces, ocupa el lugar donde la cadena de representaciones cesa de articularse; es el espacio donde el discurso se detiene, por esta razón Freud recurría a la hipnosis, en un intento por encontrar a la representación escindida. Partiendo de estas elucidaciones es posible seguir cuestionando esta noción de trauma psíquico: ¿Cuándo un evento sufrido se vuelve traumático? ¿Cómo se constituye un trauma efectivo? ¿Por qué razón algunas personas no sufren los efectos traumáticos delante del mismo evento? Freud nos da la siguiente respuesta: “Lo que sobre todo importa es si frente al suceso afectante se reaccionó energéticamente o no.” (Freud, 1893/2004, p. 34).

Freud propone en este pasaje que lo que le da a un evento su carácter de trauma es la reacción delante de éste; si la persona reaccionó con llanto, venganza, palabras o mediante el recuerdo, existen escasas posibilidades de que se forme un trauma. Precisamente porque éstas son formas de descarga energética; el término empleado en esos momentos por Freud para hablar de la descarga energética es catarsis, que no llegará a constituirse en ningún concepto de su doctrina.

Lo que está por detrás de esta elaboración teórica tiene que ver con la idea en germen del principio del placer; Freud propone la existencia de una cierta cantidad de energía presente en el psiquismo cuyo estasis se traduce en la producción sintomática de la histeria, dicho en otras palabras, el evento traumático, toda vez que es excluido de la cadena asociativa, ocasiona un exceso de investiduras energéticas no ligadas que prestan su intensidad para los síntomas histéricos. Ésta idea habrá de ser expresada un par de años más tarde en *El proyecto de psicología para neurólogos* mediante el supuesto de la existencia de un monto de energía intrapsíquico denominado Q_n . El evento se vuelve traumático justamen-

te a consecuencia de su estasis energético en el sistema nervioso, en última instancia, un trauma es una representación investida energéticamente que no ha sido abreaccionada, que no ha sido puesta en palabras.

Partiendo de las anteriores reflexiones se puede concluir que la función del aparato psíquico tiene que ver con liberar al organismo de estas excitaciones excesivas. Estamos a un paso de enunciar el principio del placer que posteriormente ocupará un lugar central en el edificio teórico del psicoanálisis, de manera paulatina se irán introduciendo estas conceptualizaciones freudianas a lo largo de nuestro recorrido por la noción de realidad psíquica.

Lo que se juega entonces en el trauma psíquico es el desplazamiento de energía y la escisión de la consciencia. Los recuerdos traumáticos, es decir, aquellos que no fueron abreaccionados y descargados energéticamente, no se encuentran a disponibilidad del recuerdo consciente de la persona, en palabras de Freud tenemos que:

Estas vivencias están completamente ausentes de la memoria de los enfermos en su estado psíquico habitual, o están ahí presentes sólo de una manera en extremo sumaria. Únicamente si se indaga a los enfermos en estado de hipnosis, esos recuerdos acuden con la vividez intacta de unos acontecimientos frescos. (Freud, 1893/2004, p. 35).

De igual forma, Freud apunta que estas representaciones no se pueden recordar porque el enfermo las ha desalojado de la conciencia, las ha reprimido porque son cosas que le resultan desagradables o penosas.

Las representaciones devenidas patógenas se conservan tan frescas y con tanto vigor afectivo porque les es denegado el desgaste normal por abreacción y por reproducción en estados de asociación desinhibida. (Freud, 1893/2004, p. 37).

Se concibe así la existencia de un grupo de representaciones disociadas de la conciencia que, como se ha mencionado, son el agente causal de los síntomas histéricos. Justamente en este punto acontece una particularidad: Freud se topa con la sexualidad; en los estudios sobre la histeria encuentra la descripción del gran ataque histérico realizada por su maestro Charcot para interesarse en la tercera etapa correspondiente a las *attitudes passionnelles*, y considerar que el núcleo de la histeria se encuentra constreñido de manera regular a un trauma sexual.

La conclusión que Freud obtiene es contundente: el recuerdo escindido de la conciencia del grupo de representaciones del trauma sexual se encuentra en la base de la histeria; es su agente causal y, a menudo, el ataque histérico es una forma de rememoración del evento traumático; en palabras de Freud tenemos que:

Si se logra suscitar el ataque en estado de hipnosis, se descubre que también le subyace el recuerdo del trauma psíquico o de una serie de traumas, el mismo que de ordinario cobra relieve en una fase alucinatoria. (Freud, 1893/2004, p. 39).

En la histeria, entonces, existe un grupo de representaciones que ha sido disociado de la conciencia; este grupo no puede entrar en asociación más que consigo mismo pero sus efectos son de tal intensidad que son los responsables de la formación del síntoma. Existe así, una especie de conciencia segunda donde Freud inserta a este grupo de representaciones ligadas a algún aspecto de lo sexual. Un síntoma histérico, entonces, es la expresión en lo corporal del grupo escindido de representaciones; es un retorno de éste último: “Hasta donde se podía hablar de una causación por la cual las neurosis fueron adquiridas, la etiología debía buscarse en factores sexuales.” (Freud, 1893/2004, p. 265)

Freud llama a estas elucidaciones teóricas el descubrimiento del mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos. Ahora bien, de aplicarse la misma lógica de la semiótica médica

a los padecimientos psicológicos aquí expuestos, tenemos que la teoría del trauma psíquico es una aplicación de éste modelo médico con algunos matices específicos.

Freud pensaba y actuaba como el médico especialista en neurología que era. Esto es evidente. Sin embargo, aún en este momento que podemos llamar pre-psicoanalítico, encontramos ciertas elaboraciones que van allá de la semiótica médica. Se comienzan a vislumbrar ciertas nociones que no encajan con este modelo; como si a Freud en su proceso de investigación de los fenómenos histéricos le saltaran ciertos aspectos imposibles de articular en aquel discurso. Estos aspectos difíciles de articular tienen que ver precisamente con la observación directa del grupo de representaciones escindidos, exigencia comprobacional de la ciencia positiva donde se originó el modelo de la clínica médica del siglo XIX.

De la conceptualización sobre el mecanismo psíquico de la histeria Freud descubre que el grupo escindido de representaciones que forman una consciencia segunda tiene siempre por contenido alguna escena de seducción infantil. La etiología de la histeria ha de buscarse siempre en factores sexuales. Si llevamos estos postulados hasta la semiótica médica planteada anteriormente, tenemos que el síntoma histérico manifiesto debe vincularse con el evento traumático y, al hacerlo, completar el ciclo de significación. De aquí la importancia de la hipnosis, en tanto que permite una exploración directa.

Pasaremos ahora a intentar precisar los momentos de creación y propuesta teórica que le permiten a Freud introducirse paulatinamente en el mundo del psicoanálisis, para ello nos referiremos a un apartado de estudios sobre la histeria escrito a título personal, ya sin el respaldo de su gran amigo y soporte Josef Breuer, un par de años después de la *comunicación preliminar* cuya reflexión nos ha ocupado anteriormente.

En este apartado titulado *Sobre la psicoterapia de la histeria*, (1895). Freud inicia su argumentación caracterizando los aspectos principales de su método terapéutico empleado para los casos de histeria, es decir, abreacción y catarsis; a grandes rasgos, el primer término se refiere a la posibilidad de localizar la cadena de representaciones excluida del comercio habitual mediante el uso de la hipnosis, mientras que el segundo término da cuenta de la acción por medio de la cual esas representaciones excluidas de la consciencia son desgastadas energéticamente mediante su introducción en la cadena asociativa corriente.

Es posible resumir los procesos descritos anteriormente por medio de la concepción teórica del grupo escindido de representaciones que se convierten en patógenas. Hasta aquí, ninguna novedad con respecto a la comunicación preliminar, sin embargo, Freud comienza a trazar ciertas modificaciones a su práctica clínica que habrán de dar por resultado el descubrimiento de la realidad psíquica. Veamos que modificaciones propone Freud con relación a sus anteriores propuestas.

El punto primero es el de la hipnosis, Freud abandona esta técnica argumentando su escasa aptitud como hipnotizador, es este un primer momento de renuncia que de alguna manera enuncia lo que más tarde será llamado psicoanálisis. Delante de esta renuncia es necesario recordar que la hipnosis como método terapéutico encontró igualmente una elaboración teórica: el estado de sonambulismo permite ensanchar la memoria del enfermo para localizar así el recuerdo patógeno que ha sido excluido de la consciencia. Funciona como una especie de distractor de los procesos normales de la consciencia, entonces, ¿en qué momento y por qué razones renunció Freud a ella?

Ante la imposibilidad de hipnotizar a todos sus pacientes Freud busca otra manera de ensanchar la memoria; la encuentra simplemente en la cadena asociativa del discurso de

sus pacientes, les pregunta por la primera vez que aconteció el síntoma y los conduce por ese camino mediante el artificio de la presión con la mano sobre la frente del paciente. Es este un momento importante para la fundación del psicoanálisis porque permite una teorización sobre la representación patógena. Freud, en este momento, continua manteniendo el mismo esquema de la clínica médica basado en el signo semiótico, es decir; el síntoma, que actúa como un signo semiótico, debe encontrar su referente oculto en algún otro lugar oculto a la mirada. El referente productor de síntomas es la representación patógena. De lo que se trata, entonces, es de encontrar el referente y para ello es necesario buscarlo y darle caza.

Freud en su búsqueda del referente; es decir, en su trabajo de dar caza a la representación patógena descubre cosas sobre la misma: descubre que es de naturaleza sexual, que es incompatible con el yo, que una fuerza psíquica la impelió a caer en el olvido, que esa misma fuerza impide que se manifieste actualmente en la conciencia, y que su eficacia patógena se debe a la exclusión de la conciencia porque eso le impide su desgaste normal. Freud describe de esta forma a la representación patógena que origina los síntomas histéricos:

Ante el yo del enfermo se había propuesto una representación que resultó ser inconciliable, que convocó una fuerza de repulsión del lado del yo cuyo fin era la defensa frente a esa representación inconciliable. (Freud, 1895/2004 p. 276).

Lo más importante con relación al abandono de la hipnosis es que descubre que por medio de la cadena asociativa del discurso del paciente se puede encontrar esa representación patógena excluida de la conciencia. Freud abre así la puerta para el lenguaje.

La segunda modificación respecto a sus anteriores planteamientos pasa por el aspecto de sus propuestas teóricas, Freud se pregunta por la característica de la histeria, por aquello

que habrá de singularizarla por sobre las otras entidades patológicas, las conclusiones a las que llega son de naturaleza totalmente contraria: el mecanismo psíquico de la histeria es también válido para otras afecciones; no es algo particular, (como si quisiera decir que lo relativo al inconsciente está en todos no sólo en las histéricas; la realidad psíquica es algo del ser humano.) sino que está presente en otras entidades patológicas.

Freud tiene siempre a un lado su trabajo clínico; su preocupación principal es curar. A este respecto se conforma a medias con el método catártico porque lo coloca como destinado a eliminar las manifestaciones sintomáticas:

Cuando se trata de histerias de trayectoria crónica, con una producción moderada pero incesante de síntomas histéricos, ahí es cuando uno aprende a lamentar más la falta de una terapia causal, pero también a estimar mejor el valor del procedimiento catártico como terapia sintomática. (Freud, 1895/2004 p. 271).

En esta cita es posible observar que paulatinamente Freud se va despojando del método propuesto por Breuer propiciando con ello una apertura para pensar en otro método, el terreno se prepara lentamente para la aparición de la técnica psicoanalítica: la pareja asociación libre-atención flotante son el devenir lógico que aparece ante la insuficiencia del método hipnocatártico.

Tenemos así que por el costado de los postulados conceptuales se relaciona a la teoría del trauma con un evento sexual acaecido durante la infancia instaurándose con ello la teoría de la seducción como el agente causal y eficiente de la histeria. Este padecimiento psíquico se explica por la seducción de un adulto perverso que ha cometido actos irreverentes con un niño inocente e indefenso.

Pero una explicación así de simplista y reduccionista jamás hubiese dado pie a la aparición del psicoanálisis. Freud, haciendo gala de un difícilmente superable sentido del rigor lógico propio del pensamiento científico, se preocupa por desentrañar todas las aristas y los misterios de la histeria; se topa así con un imposible, un costado insusceptible de capturar aún en la más estricta argumentación teórica: la realidad psíquica golpea con toda su fuerza el edificio tan bien construido de la clínica médica echando abajo esta teoría de la seducción. Ese imposible se engancha directamente con los recuerdos del mismo Freud: ¿Es posible que la seducción infantil esté tan generalizada? ¿O esos recuerdos son más bien construcciones de fantasías infantiles?

Las anteriores propuestas nos conducen a la puerta de entrada del saber psicoanalítico, desde nuestra lectura argumentamos que el paso que le permite a Freud el acceso al psicoanálisis se verifica en el momento de renuncia a la teoría de la seducción; el momento en el que Freud deja de lado el modelo médico y se arriesga a producir un discurso propio. En las siguientes líneas intentaremos interrogarnos sobre ello.

3. Del evento traumático a la realidad psíquica

Es posible hacer una lectura del establecimiento del concepto de realidad psíquica tomando como eje de la reflexión la discontinuidad teórica, argumentativa y metodológica que se verifica en los textos publicados por Freud entre 1893 y 1900. En esta investigación tenemos la hipótesis de que cuando Freud da cuenta de la existencia de la realidad psíquica merced al despliegue de sus esquemas sobre el aparato psíquico (1897 y 1900), el psicoanálisis aparece en el firmamento y comienza a desplegarse tanto en su aspecto teórico como en su práctica clínica y que, lo que permite a Freud estos pasajes, rupturas y elaboraciones novedosas, es precisamente, su trabajo de autoanálisis.

De manera un tanto esquemática y parcial podemos correr el riesgo de elaborar un breve resumen de lo hasta aquí expuesto: entre 1893 y 1895 el interés de Freud se centra en la histeria para concluir que ésta tiene su origen en un evento traumático de seducción acontecido en la infancia con efectos patógenos *a posteriori*.

En 1895 el proyecto de psicología para neurólogos es un eslabón importante en la elucidación del edificio teórico del psicoanálisis porque permite ubicar nociones que posteriormente serán conceptos centrales en su edificio teórico. En este texto de 1895 se mantienen el lenguaje de la ciencia neurológica de la época: se habla de neuronas, conexiones, energía intercelular, barreras contacto y demás términos provenientes sin duda de la fi-

siología de aquel tiempo; sin embargo, expone argumentos y llega a conclusiones que rebasan con mucho el terreno de la ciencia médica; ¿de qué manera un médico positivista podría explicar la existencia de conexiones entre representaciones de pensamiento por fuera del dominio de la conciencia, conexiones, además, carentes de realidad objetiva? ¿De qué forma podría un neurólogo justificar la existencia de otra realidad distinta a la que la percepción nos muestra?

La correspondencia entre Freud y Fliess de los años posteriores a la escritura del proyecto de psicología, momentos en los que Freud transitaba por su autoanálisis, nos permite enterarnos de los cambios conceptuales que el creador del psicoanálisis experimentó en referencia a algunas de sus ideas expuestas en los estudios sobre la histeria. A continuación, haremos un breve recorrido por los fragmentos de las cartas, dedicadas todas ellas a Wilhem Fliess, a las que tenemos acceso, con la finalidad de ubicar estos postulados:

¿Te acuerdas que siempre dije que la teoría de la edad media y de los tribunales eclesiásticos sobre la posesión era idéntica a nuestra teoría del cuerpo extraño y la escisión de la conciencia?

¿Por qué las confesiones en el potro son tan semejantes a las comunicaciones de mis pacientes en el tratamiento psíquico? (Freud, 1897/2004, p. 283).

En estas confidencias dirigidas a su amigo e interlocutor idealizado Wilhem Fliess parece que definitivamente algo no marcha del todo bien con la teoría del trauma psíquico. Freud comienza a darse cuenta que las historias que sus pacientes le cuentan son más bien la repetición de un discurso que no ha cesado de insistir desde la edad media, son la voz de la histeria que finalmente alguien ha comenzado a escuchar.

Y los ecos de esas voces medievales construyen el camino por donde la realidad psíquica inaugura un nuevo saber justo a principios del siglo XX: el saber del inconsciente que se produce desde el inconsciente. La mujer y Freud. Freud y la mujer. Ambos son los responsables de esta apertura que desgarrar la ficción del primado de la razón en los asuntos del hombre. Ahora hay un algo más. Siempre lo ha habido, pero ahora hay un alguien que lo reconoce como tal.

Introducimos ahora en nuestras reflexiones sobre el pasaje de la clínica médica a la realidad psíquica unas breves observaciones en relación al modo de trabajo del aparato anímico toda vez que estos planteamientos permiten vislumbrar la trascendencia de la teoría del trauma psíquico como responsable de los síntomas histéricos, esta reflexión pretende ser una introducción a la temática del capítulo siguiente en donde se ahondará precisamente en los postulados freudianos de la realidad psíquica en virtud de los esquemas que el creador del psicoanálisis nos presenta en los momentos iniciales de su desarrollo teórico.

En la carta 52 de la correspondencia Freud-Fliess fechada en Viena a finales de 1896, Freud da un giro hacia la escritura; propone pensar al aparato psíquico como un sistema de signos donde el material existente en la memoria experimenta una serie de retranscripciones, es decir, un reordenamiento según nuevos nexos.

Freud propone la existencia de un sistema de percepción-conciencia encargado de recoger impresiones del mundo externo pero no de almacenarlas. La memoria no es igual a la percepción; son dos sistemas distintos. A partir de la percepción se suscita la primera inscripción de las percepciones; Freud argumenta que este primer registro es por completo insusceptible de conciencia y que se articula según una asociación por simultaneidad. Esta primera inscripción de lo real en el psiquismo es nombrada por Freud como signo

perceptual y es el primer elemento del aparato psíquico, que sin embargo, es anterior a toda representación palabra y por lo mismo, completamente incognoscible e inaccesible. La segunda inscripción en el aparato psíquico, posterior al signo perceptual, lleva implícita la marca del lenguaje; Freud nos dice que posiblemente corresponda a huellas mnémicas de experiencias primarias igualmente insusceptibles de consciencia, desde nuestra lectura podemos conjeturar que esta instancia que Freud describe es precisamente el inconsciente desde donde se constituye la realidad psíquica. Ahora bien, con respecto a la tercera inscripción psíquica Freud nos dice que corresponde a representaciones palabras a partir de una retranscripción de las huellas mnémicas anteriores, es nuestro yo oficial, desde donde se establece una conexión con el mundo exterior.

En este texto Freud nos dice que la vida psíquica es la encargada de realizar la transcripción de la huella mnémica y ligarla a representaciones-palabra teniendo como propósito principal mantener el principio de constancia energética, es decir, que el aparato psíquico busca tramitar las investiduras de la huella mnémica mediante su descarga en la realidad exterior, sin embargo, puede suceder que la inscripción psíquica asociada a una experiencia displacentera no sea traducida para evitar así la reanimación de sus efectos, esta falta de traducción corresponde, entonces, a la noción de trauma psíquico en tanto que mantiene sin ligazón, sin representación palabra, a la representación traumática.

Este postulado de las transcripciones sucesivas a partir de las huellas mnémicas abre la puerta para pensar en la realidad psíquica como un elemento que trasciende el mero reconocimiento sensible de la realidad objetiva. El método psicoanalítico apuntaría así hacia la posibilidad de dar cuenta de esas representaciones que no han sido traducidas en el sistema de representaciones- palabra.

Vistas así las cosas, podemos afirmar que el inconsciente no es una instancia mística, mítica, oscura e incomprensible que albergaría los secretos ancestrales de la naturaleza humana como muchos párrafos del propio Freud pudieran sugerir; sino un hueco, una falta, una falla en la traducción de la huella mnémica. Es por tanto, un efecto de lenguaje y de escritura desde donde se puede comprender más claramente al inconsciente freudiano.

La distancia de estas formulaciones con respecto a la clínica médica salta a la vista: el saber está en el paciente. Freud inaugura así un territorio nuevo en el campo de la medicina científica, no se trata ya de buscar el evento traumático real y efectivo acontecido en un momento específico de la historia, sino de interrogarse con respecto a la fantasía y a los recuerdos que han sido colocados en los espacios vacíos que la no traducción de la huella mnémica produce en la vida psíquica. Cuando Freud llega a estas conclusiones no duda en afirmar a su querido Fliess las siguientes palabras: “Y en seguida quiero confesarte el gran secreto que poco a poco se me fue transluciendo en las últimas semanas. Ya no creo más en mi neurótica.” (Freud, 1897/2004, p. 301). Justamente porque Freud ahora cree en su realidad psíquica.

Freud argumenta que es poco probable que todos los padres sean perversos abusadores de niños, incluido el suyo propio. Con esto abre la puerta para pensar en la fantasía como un elemento con igual peso que la realidad objetiva: “En lo inconsciente no existe un signo de realidad, de suerte que no se puede distinguir la verdad de la ficción investida con afecto.” (Freud, 1987/2004, p. 301-2). Este es el Freud para el que vale más un fragmento de un sueño deshilachado que un historial clínico completo y exhaustivo. Es el Freud creador del psicoanálisis.

Es innegable el cambio de pensamiento que ha surgido en Freud durante estos años, parece ser éste un momento de quiebre, ruptura y discontinuidad en su trabajo. Con re-

lación a ello, aún cabe la pregunta por el motivo que lo ha llevado a este cambio tan radical; creemos que una posible respuesta se encuentra en la siguiente afirmación extraída igualmente de su correspondencia con Fliess: “El paciente que principalmente me ocupa soy yo mismo.” (Freud, 1987/2004, p. 300).

Considerar la dimensión del autoanálisis de Freud como un elemento sin duda imprescindible y de gran trascendencia en la génesis del psicoanálisis implica sostener, como ya lo hicimos en el capítulo anterior, que este registro ha sido el pilar fundamental para el surgimiento del psicoanálisis y que, de alguna manera, es una instancia que se actualiza en cada proceso formativo de un psicoanalista.

Desde esta perspectiva llegamos a la conclusión de que la razón de ser del psicoanálisis se encuentra en el trabajo clínico; en el encuentro entre el discurso del paciente, que afirma que no sabe lo que le pasa y el inconsciente del analista, que sabe todo lo contrario porque ha transitado desde ese no querer saber hasta el develamiento de su verdad inconsciente. Es justamente ésta arista la que singulariza al psicoanálisis con respecto a otras formas de entender y conceptualizar el sufrimiento psíquico, lo que valida y justifica en última instancia la existencia del psicoanálisis en un mundo tan distante y tan distinto de aquél que lo vio nacer.

La noción de realidad psíquica en la obra de Freud desde nuestra lectura es precisamente la que inaugura el psicoanálisis; ésta noción se desprende bruscamente de la clínica médica basada en la evidencia, para colocarse como otra posible lectura de los avatares del ser humano; una lectura donde la realidad es entendida como el resultado de un proceso psíquico donde la fantasía y su escritura en lo psíquico son los elementos centrales de la esencia del ser humano.

Consideramos que una vez expuesto de manera general el escenario de surgimiento del psicoanálisis y de sus principios fundamentales, primero desde una lectura epistemológica y después desde la realidad concreta de la práctica clínica, tenemos ya elementos suficientes para adentrarnos en el tema central de esta investigación: elucidar en qué consiste la noción de realidad psíquica en la obra de Freud y cómo se relaciona con los modos de hacer del analista en su trabajo de escucha del inconsciente. En el siguiente capítulo intentaremos profundizar en su análisis y discusión.

CAPÍTULO III

La realidad psíquica en los esquemas freudianos del aparato anímico.

1. La realidad psíquica en la carta 52.

Para iniciar nuestra reflexión en torno de las propuestas freudianas sobre la realidad psíquica a partir del estudio de los esquemas del aparato anímico conviene ubicarnos en diciembre de 1896. Hasta este momento, Freud ha escrito un sin número de cartas a Wilhem Fliess a través de las cuales le ha contado sobre sí mismo y sobre sus ideas respecto de la vida psíquica. Conviene recordar que en este periodo histórico Freud transita por el inicio de su (auto)análisis y se encuentra capturado en una relación singular con su interlocutor epistolar; lo considera un hombre especial de elevada inteligencia, alguien que puede comprenderlo cabalmente al mismo tiempo que se interesa por el avance y el desarrollo del conocimiento científico.

Es así como Freud le dedica a su amigo idealizado, interlocutor y confidente, la célebre carta 52; en este breve texto de no más de tres cuartillas, Freud desarrolla una idea relativa al modo de trabajo del aparato psíquico mediante la propuesta de un esquema que da cuenta de la formación de la memoria a partir de las huellas del recuerdo producto de las impresiones obtenidas por medio de la percepción sensorial. En palabras del propio Freud incluidas en esta carta podemos leer la siguiente afirmación:

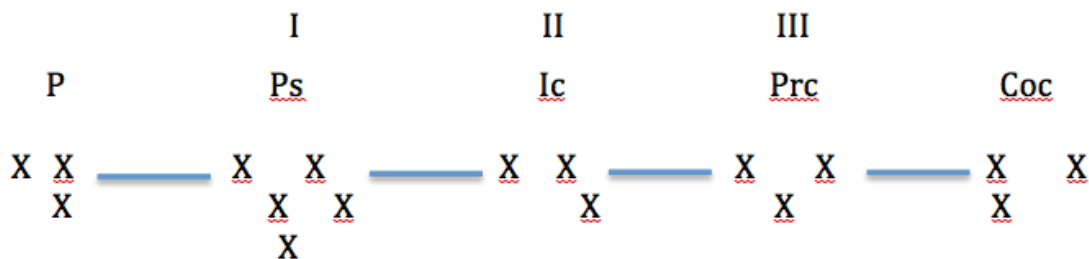
Tú sabes que trabajo con el supuesto de que nuestro mecanismo psíquico se ha generado por estratificación sucesiva, pues de tiempo en tiempo el material existente de huellas mnémicas experimenta un reordenamiento según nuevos nexos, una retranscripción. (Freud, 1896/2004, p. 274)

En este sentido podría pensarse que la teoría de Freud no es más que una relectura atenta y aplicada a los procesos psíquicos, de los postulados básicos de la filosofía cartesiana, origen del pensamiento científico y de la modernidad, en tanto que lo real del mundo es capturado en la mente por medio de las ideas, lugar por excelencia donde el ser humano puede operar sobre los objetos para conocerlos y desentrañar sus misterios a partir de la duda permanente sobre lo percibido por los sentidos.

Sin embargo, en el presente capítulo intentaremos mostrar que los postulados freudianos no son susceptibles de articularse con este movimiento filosófico ni con ningún otro, porque justamente lo que ponen de manifiesto es la existencia de otra realidad que no corresponde ni con la percepción sensorial ni con el contenido de los recuerdos a que de ella tenemos acceso, tal como lo plantea Rene Descartes. La noción de realidad psíquica en la obra freudiana representa así una concepción inédita sobre el ser humano y sus procesos psíquicos que incluso puede aportar elementos para pensar en un estatuto epistémico singular del psicoanálisis.

Como podemos apreciar en la cita anterior, Freud parte del supuesto, fiel a la estrategia metodológica propuesta por Ernest Mach¹, de que el aparato psíquico se ha generado por estratificación sucesiva. El asunto está entonces en las huellas mnémicas que son la base de la memoria, y en la retranscripción periódica que en el aparato psíquico se hace de ellas. En este punto podríamos preguntarnos qué es una huella mnémica; Freud responde que es un registro en el aparato psíquico de una vivencia perceptual, es decir, un recuerdo asociado a la memoria. Freud nos dice que en el aparato psíquico hay una serie de retranscripciones de estas huellas mnémicas, un reordenamiento según nuevos nexos, y define de esta manera a la memoria.

En esta carta, Freud así mismo, lanza la tesis de que la memoria no existe de manera simple y lineal, sino múltiple y estratificada; plantea que existen al menos tres retranscripciones de las huellas mnémicas y propone el siguiente esquema:



Cuadro 4. Primer esquema Freudiano del aparato psíquico. (1897).

En un extremo del esquema Freud sitúa a la percepción (P) y en el otro a la conciencia (Coc), es decir, que no es lo mismo percibir algo de la realidad que tener conciencia de

¹ Ver capítulo I, la producción del saber en la obra freudiana, donde se analiza la estrategia metodológica de Freud en relación a la utilización de los supuestos teóricos de carácter provisional como el elemento a partir del cual se despliega su amplio recorrido teórico.

ella: “*es que conciencia y memoria se excluyen entre sí.*” (Freud, 1896/2004, p. 275). Desde nuestra lectura de la realidad psíquica observamos que esta propuesta en relación a la memoria múltiple es una teorización muy interesante, ya que de entrada, nos indica que las percepciones no corresponden con el recuerdo a que de ellas tenemos acceso; el aparato psíquico, toda vez que es entendido por Freud como un lugar de escritura y reescritura abre un espacio para la pregunta por lo real; ¿qué es la realidad? Pregunta filosófica por excelencia. Según Freud en este esquema, a lo único que podemos tener acceso mediante la conciencia es a la última de las retranscripciones de los elementos perceptuales, la realidad es así sólo una escritura del mundo modificada por el trabajo del psiquismo.

Es de llamar la atención que este esquema planteado muy temprano en su obra, apenas en 1896, ha sido conservado de manera prácticamente original a lo largo de todo su amplio desarrollo teórico. En un breve trabajo que lleva por título *Nota sobre la pizarra mágica* fechado en 1924, es decir, veintiocho años posteriores a esta primera propuesta se mantiene exactamente la misma línea de pensamiento.

Freud argumenta en este texto que es posible establecer un símil entre la pizarra mágica, juguete infantil de reciente aparición en aquel momento, y el modo de trabajo del aparato psíquico, en los siguientes términos: la parte frontal de la pizarra en donde se escribe temporalmente correspondería al sistema perceptivo encargado de recibir los estímulos y, la parte posterior, cuyos trazos permanecen por detrás de la parte frontal corresponderían a las huellas mnémicas producto de las retranscripciones de los elementos perceptuales.

De esta forma, Freud nos explica que el estrato receptor de estímulos, es decir, el sistema percepción conciencia, no forma huellas duraderas, sino que las bases del recuerdo se localizan en otros sistemas posteriores, justo en aquello que propone en la carta 52 como

estratificación continua de la memoria. Veamos de qué manera se produce este proceso. Freud propone al menos tres inscripciones en el aparato psíquico. La primera de ellas es nombrada como *signos* de percepción (ps). El primer componente del psiquismo es así un signo arcaico y primordial de aquello que se ha percibido. Este signo perceptual es anterior a toda palabra y no corresponde al inconsciente reprimido, es muy importante trazar esta diferencia entre el inconsciente reprimido, fundamento de la realidad psíquica en donde la representación cosa podría ser ubicada y estos primeros signos perceptuales que no constituyen la base de la memoria sino un elemento anterior a ella; Freud nos dice que éste signo se ha inscrito en el aparato psíquico partiendo de la simultaneidad que el sistema percepción captura y es por completo insusceptible de conciencia.

Para comprender mejor ésta propuesta del signo perceptual que se inscribe en el aparato psíquico por simultaneidad pero que no representa la base de las huellas mnémicas sino apenas un antecedente primordial de la vida psíquica, podemos echar mano de la noción de narcisismo primario que Freud propone en 1914 en su trabajo titulado: *Introducción del narcisismo*. En este texto Freud hipotetiza que al inicio de la vida existe una investidura libidinal originaria en el cuerpo del nuevo ser, una especie de envoltorio libidinal que posteriormente es colocado en objetos del mundo exterior. El signo perceptual del que Freud nos habla en la carta 52, primer elemento de la vida psíquica, corresponde entonces al registro psíquico de la libido narcisista originaria.

Resulta en verdad una tarea ardua seguir a Freud en estas propuestas sobre el origen filogenético de la especie humana porque da la impresión de que no hay asideros posibles para problematizarlo más allá de sus propias conjeturas. Por nuestra parte, sostenemos el argumento de que la realidad psíquica y los procesos inconscientes tienen su origen en los elementos posteriores a estos signos perceptuales totalmente incognoscibles. La realidad psíquica apunta más bien hacia la transcripción en el aparato psíquico de la huella

mnémica, que no es el signo perceptual primario, sino que, de acuerdo con Freud, está ligada a experiencias primarias de satisfacción así como a los procesos de su escritura y registro en el aparato psíquico.

Abrimos ahora un breve paréntesis en nuestra lectura del primer esquema freudiano del aparato psíquico para referirnos al término Alemán para designar realidad, ya que nos encontramos delante de una problemática que no se solventa con aceptar una traducción directa. En aquel idioma existen dos palabras para designar realidad: una es *Realität* y la otra *Wirklichkeit*, podemos interrogarnos qué designa cada una de ellas y en qué sentido fueron utilizadas por Freud. Delante de este problema que en apariencia es sólo semántico nos apoyaremos en la ardua investigación que hace Antonio García de La Hoz (1999) en su artículo titulado: *Un comentario sobre el "Tally Argument" de Grünbaum*². Dejamos la palabra en este investigador español:

Con la *Verleugnung* ocurre lo mismo que con la *Wirklichkeit*. Un repaso cuidadoso de los escritos freudianos permite vislumbrar la clara diferencia entre dicho vocablo y *Realität*, también utilizado por Freud en sus textos. Para ver con claridad esa distinción necesitamos echar mano de la filosofía alemana, (principalmente a Kant), de quién Freud, aún sin declararlo demasiado, estaba lo suficientemente impregnado. En alemán hay dos maneras de decir "realidad": 1) *Realität*, que es el contenido objetivo, cosas del mundo que existen ahí fuera, y 2) *Wirklichkeit*, realidad efectiva, operante, diríamos casi realidad interna, la realidad que tiene, por ejemplo, el mundo imaginario de un sujeto. Por lo demás, la *Wirklichkeit*, es precisamente el descubrimiento capital de Freud, cuando deja atrás la teoría de la seducción: Deja atrás la *Realität* de las escenas de seducción para que la *Wirklichkeit* de las mismas pase a primer plano.

² Artículo en versión electrónica revisado en el sitio:
http://perso.wanadoo.es/quipuinstitutu/quipu_instituto/curriculums/pdf/Argument_.PDF

Luis Cencillo (1968) lo expone con precisión al preocuparse de determinar cuándo algo es en sí mismo real o no. Distingue claramente la *Realität* proveniente del latín *realitas* (*res* = cosa), término que se orienta hacia la objetividad de la cosa, del término alemán *Wirklichkeit*, cuyo matiz es el de efectividad (de la raíz *wrk*, gr. *Ferg*, e idg. **uergom* = trabajar), y que lo introdujeron en la lengua literaria los místicos alemanes del siglo XIII. En ocasiones la palabra *Wirklich* puede significar lo irreal, precisamente por su característica de no localizable en el mundo, por no tener una substancia física. Es por esto que se equipara a las producciones de la fantasía en psicoanálisis, por ejemplo, para las que es preferible la categoría de lo imaginario lacaniana. Pero la *Wirklichkeit* tiene siempre un matiz de efectividad, de operacionalidad, de actividad, aún sin tener, o precisamente por ello, una consistencia objetiva. (García, 1999, p. 5)

Luego de esta extensa pero muy enriquecedora cita podemos sostener que la realidad de la que nos habla Freud en este esquema está más del lado de la fantasía o de la producción literaria que de aquello efectivamente acontecido, en otras palabras, no es casual que Freud, de acuerdo con García de la Hoz, utilice en sus textos precisamente el vocablo *Wirklichkeit* cada vez que hace alguna referencia a la realidad psíquica y que el otro vocablo alemán, *realität*, sea más bien empleado por Freud en relación con algo objetivo del mundo.

Creemos que esta aclaración semántica no es ociosa porque nos permite observar el sentido que Freud imprimió a sus afirmaciones sobre la vida psíquica, este sentido nos permite establecer una relación discordante entre las vivencias objetivas y los registros psíquicos de ellas, exactamente como Freud lo argumenta en esos primeros años de sus indagaciones psíquicas.

De esta manera, tenemos que en el esquema de la carta 52 el segundo elemento del aparato psíquico es la huella mnémica, que en este trabajo recibe el nombre de inconciencia (*ic*). Freud nos dice dos cosas respecto a esta segunda inscripción psíquica:

que se ordena según otros nexos distintos a la primera, probablemente causales y que, además, corresponde a recuerdos de conceptos igualmente inasequibles a la conciencia. ¿Qué quiere decir todo esto?

El signo perceptual completamente insusceptible de conciencia, que según Freud se ubica como el primer elemento de la vida psíquica, queda supeditado al registro de la huella mnémica primaria, que a su vez es susceptible de producir, debido a su retranscripción en la segunda estratificación del aparato psíquico, un concepto inconsciente. Ahora bien, ¿qué diferencia hay entre una huella mnémica y un concepto inconsciente?, palabras empleadas por Freud en este esquema para explicar el modo de trabajo del aparato psíquico.

Esta segunda transcripción corresponde a la marca de la huella mnémica en el psiquismo; la huella mnémica, nos dice Freud, mantiene un nexo causal con su retranscripción conceptual. ¿qué quiere decir Freud al hablar de un *nexo causa*? Intentemos reflexionar sobre esto.

En un trabajo tres años posterior, fechado en 1899, momento crucial en su (auto)análisis, que lleva por título *Sobre los recuerdos encubridores*, Freud relata la interpretación que hace de un recuerdo infantil manteniendo la misma línea de pensamiento en relación al funcionamiento del aparato psíquico. El recuerdo desplegado en este trabajo pertenece al mismo Freud, según nos cuenta James Strachey en su introducción, a pesar de que en las páginas iniciales del texto Freud indica claramente que se refiere a un paciente tratado por él. (Lo cual sigue siendo verdad, justamente por el trabajo de autoanálisis en que se encontraba por aquel entonces.)

En el relato, aparecen tres niños en una pradera verde rodeados de muchas flores amarillas probablemente de diente de león, uno de ellos es el propio Freud y los otros dos, sus primitos: un niño un año mayor que él y su prima, de su misma edad. En el recuerdo consciente, cada uno de los niños se fabrica un ramo de flores amarillas, en donde el más hermoso de ellos es el de la niña; acto seguido, los varones como movidos por una extraña consigna, según nos cuenta Freud, corren a arrancarle el ramillete de flores. La niña corre llorando hasta una casa que se encuentra en la parte alta del prado y es recompensada con un pedazo de pan por las personas que ahí se encuentran. Entonces los niños dejan sus ramilletes y corren de igual manera a la casa, donde también obtienen un pedazo de pan.

Este recuerdo es interpretado por Freud como si fuera un sueño, a partir de ciertos elementos biográficos que se incluyen en el relato, lo cual no deja de llamar nuestra atención. Freud concluye que los recuerdos encubridores son una formación de compromiso que sustituye a una representación desalojada de la conciencia mediante el siguiente mecanismo: en primer lugar, se cancela el acceso de una representación a la conciencia, mas no así el monto de afecto concomitante a ella, lo que da por resultado, en un segundo momento, que esta cantidad de afecto originalmente adherida a un deseo infantil se asocia por contigüidad con otra huella mnémica que por su contenido es inofensiva para el yo, es decir, susceptible de consciencia. Un modo de trabajo similar a la formación del sueño pero en sentido inverso, según observaremos más adelante.

El recuerdo encubridor, devenido ahora consciente, permite la expresión en ese sistema del monto de afecto desasido de su representación originaria dando como resultado la existencia de huellas mnémicas que en nada contradicen a las exigencias del yo: justamente el recuerdo inocente de infancia que nos cuenta el propio Freud. En sentido estricto, según nos recuerda Freud, podemos decir que no existen recuerdos de la infancia sino

recuerdos *sobre* la infancia. Argumento genial que resume las concepciones freudianas respecto de la diferencia entre la realidad literal y la *Wirklichkeit*, propia del trabajo de la vida psíquica asociada siempre a la fantasía y al deseo.

A grandes rasgos, los elementos del relato son reconducidos a su representación original de la siguiente forma: en primer lugar, el elemento perceptual prado verde, es decir, la huella mnémica devenida consciente bajo esta representación, representa la añoranza de Freud de sus primeros años cuando su padre gozaba de una buena posición económica justamente viviendo en el campo antes de tener que emigrar a la ciudad, lugar donde la vida familiar se tornó particularmente difícil en cuanto a la situación económica. Vemos en este ejemplo la forma en la que una representación inconciliable se adhiere nuevamente a su monto de afecto; la nostalgia por la vida de campo es reconducida mediante el análisis de este recuerdo hasta la vivencia temprana de Freud.

El pan que en el recuerdo recibe, le representa el esfuerzo que años posteriores ha sufrido para obtener el sustento, la representación así desalojada se juega mediante la fantasía de que de haberse quedado en el campo seguramente habría contraído matrimonio con su prima y su sustento económico sería más sencillo por la situación de la familia de ella. El análisis de este recuerdo encubridor nos permite observar el papel que juega la represión psíquica como mediador entre el monto de afecto desasido de su huella mnémica original y su articulación con una segunda representación que en nada contradice a las exigencias propias del yo. Este trabajo del aparato psíquico da como resultado la cancelación del vínculo entre afecto y recuerdo, precisamente como podemos observarlo en el relato de este recuerdo encubridor en donde el contenido que se presenta en la conciencia aparece más bien como un material inexplicable, desconocido o difuso, y no, como la expresión de un deseo. Justo de la misma forma que en el sueño.

La represión psíquica cancela el vínculo entre el afecto, la representación y el sistema de la consciencia, lo que da por resultado que la vida psíquica del ser humano esté siempre desarticulada en relación con sus elementos originales. Desarticulación que, de acuerdo con el pensamiento freudiano, no se produce sin consecuencias, ya que la representación no traducida presta su investidura libidinal para la formación del síntoma neurótico. Esta misma línea de pensamiento es expresada en un texto de 1911 que lleva por título *Formulaciones sobre los dos principios del acontecer psíquico* en los siguientes términos:

El neurótico se extraña de la realidad efectiva porque la encuentra –en su totalidad o en alguna de sus partes– insoportable. El tipo más extremo de este extrañamiento de la realidad objetiva nos lo muestran ciertos casos de psicosis alucinatoria en los que debe ser desmentido el acontecimiento que provocó la insania. (Freud 1911/2004, p. 223)

Creemos poder articular este planteamiento con aquellos provenientes de la carta 52, donde Freud afirma que la vida psíquica se ha originado por una serie de retranscripción de representaciones a partir de la distancia entre la huella mnémica y la consciencia en donde una de esas retranscripciones se detiene ante lo insoportable de su contenido modificando así el vínculo con el mundo efectivo.

Encontramos así, que cuando percibimos algo, esta percepción no se da de manera aislada sino que existen otros elementos que igualmente son registrados mediante la asociación en la memoria, luego entonces, la siguiente retranscripción no se produce en la misma simultaneidad sino que queda inscrita ahora como un concepto de acuerdo a un orden causal.

Ahora bien, Freud nos dice en su esquema que la tercera retranscripción de las huellas mnémicas (Prc) está ligada a representaciones-palabra y corresponde a nuestro yo oficial. La inscripción de la huella mnémica en el psiquismo mediante su reescritura como

concepto inconsciente se transcribe a su vez como representación-palabra de acuerdo con ciertas reglas: el trabajo del aparato psíquico consiste en inhibir la escritura anterior y desviar de ella el proceso excitatorio, es decir, el monto de afecto, en consonancia con el principio del placer.

De esta forma, la representación palabra susceptible de consciencia conlleva en sí misma dos características centrales: por un lado está asociada a la reanimación alucinatoria del concepto inconsciente y por el otro, es de efecto posterior en el orden del tiempo. Esto quiere decir que existe una distancia no solo temporal sino alucinatoria entre la vivencia y la palabra que da cuenta de ella tal como se puede apreciar en el ejemplo del recuerdo encubridor y en el proceso de formación del sueño.

La representación palabra asociada al sistema inconsciente no es sino un elemento de la realidad psíquica posterior en la organización anímica con relación a los trazos originales que el aparato anímico conserva a partir de las primeras huellas mnémicas; esta es la escisión fundamental en la vida psíquica que Freud pone de manifiesto al hablar de un espacio en el sueño donde toda posibilidad de representarlo con palabras encuentra múltiples obstáculos y complicaciones.

Lo que nos ha traído hasta estas confidencias presentadas de manera autobiográfica en la obra de Freud es justamente de esta naturaleza: en el recuerdo de Freud que nos ha venido ocupando en las anteriores líneas, los niños le arrancan el ramo de flores a la niña. La des-floran. La distancia que hay entre el registro de la huella mnémica y lo que de él aparece en la conciencia se juega justamente entre arrancar unas flores, como en el recuerdo encubridor, y desflorar a una niña, que alude a otro orden totalmente distinto de ideas. Justamente este deseo de desflorar a su primita es lo que no puede ser dicho y ha

sido sustituido por el recuerdo encubridor mediante la representación-palabra asociada a la imagen alucinatoria propio del recuerdo de arrancar las flores.

El recuerdo encubridor funciona como un enlace falso entre la imposibilidad de realizar un deseo debido al trabajo de la represión y su expresión a través de otra representación inofensiva asociada a la reanimación de la imagen alucinatoria: justamente los elementos perceptuales presentes en el relato. Por eso Freud nos recuerda siempre que en el trabajo clínico del psicoanálisis un fragmento de sueño deshilachado o un recuerdo incipiente y malogrado tiene mucho más valor en términos de expresión de deseo, y por lo tanto, de producciones sintomáticas, que un historial clínico completo y exhaustivo. La realidad que se escucha en psicoanálisis es siempre esta realidad desfigurada y mal-versada que apunta hacia el deseo inconsciente.

Siguiendo la línea de pensamiento abierta anteriormente podemos observar en este ejemplo la forma en cómo el aparato psíquico se vale de la denegación de la traducción para impedir el acceso a la consciencia de un pensamiento inconciliable con el yo, más no así con elementos que se asocian con esta representación desalojada. A este respecto Freud nos dice lo siguiente:

La denegación de la traducción es aquello que clínicamente se llama represión. Motivo de ella es siempre el desprendimiento de displacer que se generaría por una traducción, como si este displacer convocara una perturbación de pensar que no consintiera el trabajo de traducción. (Freud, 1896/2004, p. 276).

Tenemos así que en este modelo del aparato psíquico podemos observar una teoría de la psicopatología en tanto que el monto de afecto desasido de las representaciones que no han sido traducidas hasta el sistema de la consciencia sigue diversas vías para su tramitación; dejemos que sea el mismo Freud quien nos lo explique:

En la histeria el modo de volver inocua la representación inconciliable es trasponer a lo corporal la suma de excitación, para lo cual yo propondría en nombre de conversión.

Y agrega unas líneas adelante:

El yo ha conseguido así quedar exento de contradicción, pero, a cambio, ha echado sobre sí el lastre de un símbolo mnémico que habita en la consciencia al modo de un parásito, sea como una inervación motriz irresoluble o como una sensación alucinatoria que de continuo retorna, y que permanecerá ahí hasta que sobrevenga una conversión en la dirección inversa. (Freud 1895/2004, p. 50-51)

Tenemos así que los síntomas neuróticos son símbolos mnémicos escritos en un lenguaje que el yo no comprende, en una lengua sin traducción. La psicopatología freudiana da cuenta de una escritura encriptada que apunta hacia la representación no traducida. Esos símbolos están hechos justamente para que el yo haga un doble movimiento con ellos: a la misma vez que los desconoce, los sostiene; precisamente como un parásito que se alimenta y sobrevive sin la voluntad consciente de su portador.

El síntoma histérico está en el cuerpo, nos recuerda Freud. El cuerpo de la histeria sustituye a la laminilla de la pizarra mágica donde las transcripciones quedan escritas cuando los elementos del registro original se han borrado. Esto da como resultado un cuerpo afectado por el modo de trabajo del aparato psíquico: un cuerpo que habla en su propia lengua y da cuenta de aquellas representaciones que no son susceptibles de traducción mediante representaciones palabra.

El cuerpo de la histeria está regido por las leyes del inconsciente y no por las leyes de la anatomía; es un cuerpo marcado por las representaciones inconscientes que ante la imposibilidad de su traducción se dirige directamente al cuerpo donde se anida como un

parasito inconsciente. Este es, justamente, el descubrimiento que le permite a Freud el acceso al escenario mundial de la ciencia en tanto que se ocupa de un cuerpo que hasta entonces no hacía sino representar una y otra vez los mismos enigmáticos síntomas que desconcertaban a las autoridades de la medicina moderna.

De esta forma, Freud descubre que el trabajo del aparato psíquico se vale del lenguaje para su funcionamiento. Si la represión como proceso psíquico está siempre anclada a operaciones de lenguaje en tanto que da cuenta del recorrido signo (huella mnémica)-concepto inconsciente-representación palabra, entonces es el mismo despliegue del lenguaje, en sentido inverso, lo que puede permitirnos una nueva reescritura del signo perceptual inconsciente.

Desde este punto de vista la realidad psíquica correspondería claramente con la realidad literaria en tanto que lo importante es el despliegue de sentidos que desde la consciencia una palabra puede propiciar: desflorar igual a quitarle un ramo de flores a su primita o desflorar igual a realizar un acto sexual con ella. Justamente esta otra posibilidad en cuanto a la significación del sentido de las palabras es lo que Freud llamó realidad psíquica, desde nuestra lectura, afirmamos que este es precisamente el eje central de su descubrimiento.

Podemos resumir lo dicho hasta este momento en los siguientes términos: la transcripción a partir de la huella mnémica hasta el concepto inconsciente no se consigue de manera idéntica, simultánea y lineal; la escritura psíquica de lo percibido modifica siempre el contenido de aquella. La realidad para Freud, es siempre la realidad psíquica, es decir, que las retranscripciones sucesivas en el aparato anímico modifican siempre lo que se percibe de lo real dando como resultado una imposibilidad de dar cuenta de manera homogénea y exhaustiva del mundo existente. Esto es la realidad psíquica, la existencia

de una retranscripción de lo real en el psiquismo: una escritura, que como todas las escrituras, no se produce sin consecuencias.

La línea argumentativa abierta en las anteriores reflexiones nos conduce directamente hasta la formación del sueño, en tanto que en su proceso de construcción intervienen procesos que dan cuenta de la vida psíquica. En el siguiente apartado continuaremos explorando esta veda abierta por Freud en donde se nos muestra de manera clara y contundente la imposibilidad de pensar al ser humano y a sus procesos psíquicos como una unidad completa y bien definida.

2. El esquema del aparato psíquico en la interpretación de los sueños.

El esquema que Freud nos ofreció en la carta 52 habrá de encontrar su continuación cuatro años más tarde en el capítulo VII de su texto fechado en 1900 titulado *La interpretación de los sueños*. En este trabajo podemos observar un esquema más elaborado y algunas nociones más precisas y mejor definidas en relación al modo de trabajo del aparato anímico, objeto de nuestro interés en esta investigación. En las siguientes líneas se intentará continuar con la reflexión abierta en el apartado anterior en relación a la realidad psíquica y al modo de trabajo del aparato anímico teniendo siempre como soporte de la discusión al texto freudiano.

De entrada, consideramos conveniente recordar algunas de las tesis freudianas fundamentales en relación al sueño y a su razón de ser, tanto en la vida psíquica cotidiana como en un tratamiento psicoanalítico; Freud no duda en afirmar que el sueño es siempre la expresión de un deseo que ante la imposibilidad de su realización en la vigilia encuentra esa vía para su expresión en la consciencia:

El soñar en su conjunto es una regresión a la condición más temprana del soñante, una reanimación de su infancia, de las mociones pulsionales que lo gobernaron entonces y de los modos de expresión de que disponía. (Freud, 1900/2004, p. 542).

El trabajo del sueño consiste en mudar en imágenes sensibles o frases discursivas aquellos elementos excluidos de la cadena asociativa del discurso consciente. Mudanza que no se produce sino a través del filtro de la censura onírica que introduce en esas imágenes que resultan incomprensibles o en esas frases enigmáticas constitutivas del sueño, dos procesos que Freud llamó condensación y desplazamiento y que tienen por función ocultar el sentido último de las misma.

La condensación consiste en reunir en el mismo elemento del sueño diversos elementos de otras series de pensamientos inconscientes, un ejemplo de este trabajo del aparato anímico nos lo ofrece Freud en el sueño de la inyección de Irma, cuando condensa en el elemento perceptual del *“doctor M. que está pálido, sin barba y cojea.”* (1900/2004, p. 133) características propias de su hermano mayor, es decir, que una misma figura, el doctor M., le sirve a Freud para expresar ciertos afectos no traducidos en relación con ambos personajes.

Por otra parte, Freud propone que es posible que en el contenido manifiesto del sueño los elementos del relato estén descentrados en relación con su núcleo de pensamientos oníricos, este proceso recibe el nombre de desplazamiento, precisamente porque el núcleo del sueño es desplazado completamente hacia una serie nueva de representaciones en donde el contenido latente no se ve de ninguna manera amenazado.

Estos mecanismos del trabajo del sueño, la condensación y el desplazamiento, son el equivalente de la represión en la vida diurna, cuya esencia, como hemos venido observando, consiste en mantener alejada de la consciencia a una representación inconciliable con el yo. El proceso del sueño consiste, entonces, en la objetivación escénica de un pensamiento inconsciente desfigurado en relación a su representación originaria y al monto de afecto concomitante a ésta. Veamos qué propone Freud para explicar este

pasaje del pensamiento onírico latente a la imagen del sueño como pieza alucinatoria, porque al hacerlo, nos indica el camino que buscamos en esta investigación en relación a los procesos inherentes de la vida psíquica.

Hemos dicho que la razón de ser del sueño consiste en el cumplimiento de un deseo inconsciente a expensas de la crítica que la consciencia ejerce para su cumplimiento; de acuerdo con Freud, esta operación se verifica en un primer momento a partir de una tergiversación en el orden gramatical del tiempo lógico de los enunciados que articulan la expresión de deseo en los pensamientos oníricos del sueño mediante la sustitución del desiderativo por el presente indicativo. Para ilustrar estas propuestas Freud recurre a uno de sus sueños, fiel a su método de trabajo en esos años, en los siguientes términos:

Tomemos otro sueño en que el deseo onírico no se aparta de la prosecución de los pensamientos de vigilia en el estado de dormir, por ejemplo el de la inyección de Irma. Aquí el pensamiento onírico que alcanza la figuración es una oración desiderativa: ¡ojalá que Otto sea el culpable de la enfermedad de Irma!. El sueño suplanta el optativo y lo sustituye por un presente de indicativo: Sí, Otto es el culpable de la enfermedad de Irma. (Freud, 1900/2004, p. 528.)

De las anteriores puntualizaciones podemos extraer dos ideas que nos parecen fundamentales en relación con nuestra caracterización de la realidad psíquica, en primer lugar tenemos que el trabajo del aparato psíquico, más concretamente, el trabajo del inconsciente, se vale de operaciones que tienen que ver con el lenguaje para su funcionamiento y para su constitución: la realidad psíquica es una realidad donde el lenguaje modifica a lo real del mundo. Esta afirmación nos introduce hacia la interrogante por la temporalidad, o más correctamente hacia la atemporalidad de los procesos inconscientes. Intentemos reflexionar sobre ello.

A partir de los elementos expuestos anteriormente podemos argumentar que la temporalidad del inconsciente no se rige de acuerdo a las mismas normas que la *realität*, es una temporalidad extraviada entre las conjugaciones a las que los verbos son sometidos por efecto del trabajo del inconsciente; en el ejemplo que Freud nos relata del sueño de la inyección de Irma, el deseo se expresa en el sueño mediante la modificación del tiempo gramatical en el que acontece la escena desfigurada por condensación.

De esta forma, Freud nos recuerda que la vida psíquica se ordena en torno de operaciones de lenguaje en las que el tiempo lógico es suplantado por la atemporalidad de los procesos inconscientes valiéndose para ello de la conjugación gramatical de los verbos, es decir, de las leyes del lenguaje: “*el presente es el tiempo en que el deseo se figura como cumplido.*” (Freud, 1900/2004, p. 528).

En términos teóricos y con la finalidad de producir una comprensión más extensa sobre este problema de la temporalidad, Freud introduce la conceptualización relativa al modo de trabajo del inconsciente explicada a partir de lo que él llamó el proceso primario; en un trabajo de 1915 titulado *Lo inconsciente* encontramos las siguientes afirmaciones:

Los procesos del sistema lcc. son atemporales, es decir, no están ordenados con arreglo al tiempo, no se modifican por el transcurso de éste ni, en general, tienen relación alguna con él.

Y agrega:

Resumamos: ausencia de contradicción, proceso primario (movilidad de las investiduras), carácter atemporal y sustitución de la realidad exterior por la psíquica, he ahí los rasgos cuya presencia estamos autorizados a esperar en procesos pertenecientes al sistema lcc. (Freud 1915/2004, p. 184)

Desde esta perspectiva, la realidad psíquica que hemos venido caracterizando encontraría otra posibilidad para su abordaje a partir de estas puntualizaciones, en tanto que el proceso primario nos muestra la existencia de una realidad no ordenada en torno de operaciones lógico-temporales sino justamente todo lo contrario.

La realidad psíquica tiene que ver con la existencia de un espacio en la vida anímica donde el tiempo no existe, ni tiene efectos sobre los registros escritos en la memoria; una escritura que se conserva siempre fresca aún después de muchos años de haberse producido: el paso del tiempo no desgasta los efectos de la representación no traducida sino que precisamente debido a su no traducción mantiene toda su intensidad fresca, y por lo mismo, puede establecer vínculos con otras representaciones, Freud llamó a este proceso: movilidad libre de las investiduras propio del proceso primario y, es justamente lo que aparece en el contenido manifiesto del sueño como un relicto de su estado originario.

Ahora bien, si llevamos estas ideas hasta la clínica psicoanalítica tenemos que el presente es al mismo tiempo el futuro en donde se realiza el deseo: al enunciar el deseo reprimido mediante el relato discursivo de los elementos de un sueño y su reconducción hasta su sentido original, algo del orden de la realización tiene efecto toda vez que la palabra influye sobre la representación no traducida. Definitivamente, el tiempo del inconsciente es de un orden muy distante con respecto a aquél del tiempo en el calendario.

Delante de estas formulas complejas que Freud nos ha descrito como el modo de trabajo de la vida anímica aún podemos preguntarnos: ¿Cómo podemos comprender que algo del futuro se realice en el presente con relación al pasado? Justamente esa es la apuesta del psicoanálisis como método terapéutico: *donde ello era yo debo advenir*. Casi un slogan en la jerga de los psicoanalistas, que leído desde la atemporalidad de los procesos

inconscientes apunta de manera directa hacia la realización en el presente del discurso de algo venidero: yo debo advenir.

Freud nos muestra así que la temporalidad en la vida psíquica se encuentra trastocada y desarticulada con respecto a la ocurrencia de las vivencias en el mundo objetivo. Para el psicoanálisis no se trata de reconstruir de manera lógica las vivencias pasadas del paciente o de armar una historia coherente a partir del develamiento del inconsciente; el psicoanálisis apunta hacia la realización discursiva de esos elementos desfigurados lingüísticamente por el trabajo del inconsciente que tiene el efecto de instalar al sujeto enunciante delante de su verdad más profunda; la clínica psicoanalítica representa un espacio que abre la posibilidad de hacerse cargo del deseo que hasta entonces ha sido sólo reprimido.

Paradoja sobre la atemporalidad de los procesos del inconsciente que acompaña siempre el proceso terapéutico, por ejemplo, cuando un recuerdo de la infancia, cuando un recuerdo *sobre* la infancia, mejor dicho, se inmiscuye sin permiso en el discurso que la transferencia analítica sostiene casi como una exigencia de su articulación justo en el instante menos esperado; ahí donde aparece tangencialmente un fragmento que hasta entonces parecía olvidado pero que justamente su presencia permite la prosecución del discurso aportando nuevos elementos a la cadena asociativa: la regla fundamental del psicoanálisis permite la expresión de la realidad psíquica porque en su demanda está incluida una renuncia explícita a la represión, renuncia destinada, sin embargo, a su no cumplimiento. En este proceso se juegan las idas y regresos sobre la historia del sujeto que Freud llamó *la novela familiar del neurótico*. Proceso que en última instancia apunta hacia el desgaste afectivo de la representación no traducida.

Delante de esta cuestión sobre el tiempo del inconsciente no podemos sino proponer que esa temporalidad descentrada con respecto a la *realität* podría decirse, escribirse, como el tiempo de la provisionalidad: la realidad psíquica inscribe al sujeto del inconsciente en la provisionalidad de las ocurrencias que la transferencia, cuando es analítica, siempre sostiene.

Freud nos ha mostrado en carne propia, es decir, con sus propios sueños, que el relato del sueño es un elemento siempre provisional que tiene por función acercar al sujeto a las partes imposibles de su discurso; presentarle al sujeto en una lengua desfigurada justamente aquello de sí mismo que ha sido apartado de sí mismo. Ruptura definitiva de la ilusión de unidad en el ser humano, eso es lo que en última instancia podemos leer de principio a fin en la interpretación de los sueños de 1900 y que podemos actualizar en cada intento de interpretación de sueños en el diván de los psicoanalistas contemporáneos.

Ahora bien, veamos de qué forma se produce este espacio desarticulado con respecto a la historia del sujeto que Freud llamó inconsciente, en donde lo principal es la imposibilidad de traducción de la huella. Intentemos problematizar sobre ello. Precisamente delante de este imposible para el discurso consciente, Freud establece un sistema de teorías provisionales que se despliegan a partir de su esquema del aparato psíquico de 1900. El esquema que Freud nos presenta es el siguiente:



Cuadro 5. Segundo esquema freudiano del aparato psíquico en la interpretación de los sueños. (1900).

De entrada en este esquema, Freud propone pensar en dos instancias opuestas que se contraponen entre sí: *“una de las cuales sometía la actividad de la otra a una crítica cuya consecuencia era la exclusión de su devenir consciente.”* (Freud, 1900/2004, pp. 534) La consciencia corresponde entonces a esa parte criticadora que además es la encargada de guiar nuestra vida de vigilia por medio de la motricidad (M).

Es de llamar la atención que anterior al sistema inconsciente, Freud propone en su esquema la existencia de signos primarios asociadas a la percepción (*Mn*), exactamente de la misma forma que en la carta 52. Estas signos perceptuales primarios, nos dice Freud una vez más, son los elementos más arcaicos de la vida psíquica, en este punto, quizás podríamos establecer una conexión un poco forzada con el ombligo del sueño, veamos lo que el propio Freud dice al respecto:

Aun en los sueños mejor interpretados es preciso a menudo dejar un lugar en sombras, porque en la interpretación se observa que de ahí arranca una madeja de pensamientos que no se dejan desenredar, pero que tampoco han hecho otras contribuciones al contenido del sueño. Entonces ese es el ombligo del sueño, el lugar en que él se asienta en lo no conocido. (Freud, 1900/2004, pp. 519)

Freud da cabida así a la existencia en el psiquismo de signos perceptuales anteriores a la palabra, restos arcaicos, lugar oscuro e intransigente del alma humana que en la teoría freudiana se vehiculiza como una especie de marcas, trazos o surcos insusceptibles de cualquier actividad cognoscente. Es fácil perder la brújula en esta parte de los planteamientos freudianos y pensar que eso de lo real incognoscible, es decir, el signo perceptual primario, es el elemento que permite instituir al inconsciente freudiano.

Sin embargo, encontramos la brújula que nos orienta en esta compleja cuestión planteando que la realidad psíquica tiene que ver más bien con el inconsciente reprimido, es decir,

con el deseo sexual infantil y con la fantasía que lo recubre, ubicable a partir del complejo de Edipo que se expresa, por ejemplo, de manera desfigurada en los sueños pensados como cumplimiento de deseo. La realidad psíquica tiene que ver con ese inconsciente de lenguaje más allá de ese enigmático vínculo del inconsciente, que Freud también propone, con la herencia filogenética de la raza humana.

Estamos en arenas movedizas y Freud lo sabe bien cuando en 1919 en un párrafo agregado a la interpretación de los sueños recurre a Nietzsche para darle un soporte a su argumentación:

Entreveamos cuan acertadas son las palabras de Nietzsche: *en el sueño sigue actuándose una antiquísima veta de lo humano que ya no puede alcanzarse por un camino directo*, ello nos mueve a esperar que mediante el análisis de los sueños habremos de obtener el conocimiento de la herencia arcaica del hombre, lo que hay de innato en su alma. Parece que sueño y neurosis han conservado para nosotros de la antigüedad del alma más de lo que podríamos suponer. (Freud, 1900/2004, p. 542)

La idea que está por detrás de esta cita nos muestra claramente la ambición freudiana por elucidar algún aspecto de la filogenética de la raza humana; como si Freud al intentar desentrañar las aristas de la actividad psíquica se topara con algo del orden del origen de la especie que a su vez se le impone como curiosidad irresistible a pesar de que explícitamente renuncia siempre a la especulación filosófica. Este inconsciente originario y primitivo, imposible de todo acercamiento consciente; la primera inscripción de lo real en el psiquismo que corresponde al primer signo perceptual en el esquema de la carta 52, llevó a Freud hasta la filosofía de Nietzsche en un intento casi desesperado por comprender la naturaleza de lo humano.

Este planteamiento freudiano del inconsciente, nos permite, así mismo, ubicar claramente su posición con relación al problema del dualismo mente-cuerpo presente en la tradición filosófica y cuya expresión en la ciencia moderna descansa en los postulados del monismo metodológico propuesto por Brucke y sus seguidores de la escuela fisicalista vienesa³. Demos un breve recorrido por estas ideas con la finalidad de presentar de manera clara la propuesta freudiana en relación a ese problema que coloca al inconsciente como una instancia que nos permite pensar en un estatuto epistemológico propio del psicoanálisis.

Encontramos en la filosofía la expresión más clara del dualismo mente-cuerpo en el texto de Platón titulado *Fedón o tratado del alma*, en este trabajo Platón propone que la naturaleza del alma es de un orden muy distinto con respecto a la del cuerpo; el alma participa de una naturaleza inmortal e inmemorial propia del mundo de las esencias verdaderas y, el cuerpo, engaño falaz y cárcel temporal del alma, impide siempre el acceso a la pureza de la Verdad esencial.

El ideal del filósofo consiste, entonces, en separarse lo más posible del cuerpo y sus pasiones que nublan la razón, para acceder a la verdad eterna. La muerte representa el acceso a esta anhelada verdad. Platón, al excluir así al cuerpo de su modelo filosófico abrió el espacio para la separación entre la mente y el cuerpo; problema central de todas las psicologías hasta nuestros días.

Ahora bien, la otra cara de la moneda de este modelo dualista platónico lo encontramos de manera muy clara en los postulados de la escuela fisicalista vienesa en tanto que la mente y sus procesos neuronales basados en las leyes de la física energética son el único principio válido para la investigación científica; postulados realizados desde el modelo

³ Para una argumentación más completa de este movimiento de la actividad científica en el siglo XIX remitimos al lector al capítulo inicial de esta investigación.

positivista que intentan mostrar una continuidad entre la mente y el cuerpo, el cuerpo no está separado del alma como en el modelo de Platón, sino que ambos son una unidad perfecta identificable a partir del funcionamiento del sistema nervioso y de la descripción fisiológica y anatómica de la química cerebral, órgano que en última instancia determina todos los aspectos del ser humano. Justamente este es el discurso oficial que Freud transgrede al introducir el concepto de pulsión, veamos de qué manera lo hace.

Hasta este momento, hemos dicho a partir de los dos esquemas freudianos del aparato psíquico, (carta 52 y capítulo VII de la interpretación de los sueños) que el primer elemento que se inscribe por simultaneidad en psiquismo tiene que ver con un signo asociado a la percepción, ahora bien, ¿de dónde provienen estos estímulos perceptuales que son la primera inscripción en la vida psíquica, esa inscripción primordial anterior a toda representación-palabra que, según conjeturamos, tendría que ver con un momento mítico donde se registra un signo perceptual de la libido originaria que enviste el cuerpo del neonato en el narcisismo primario?

La respuesta a esta interrogante comienza a esbozarse en *El proyecto de psicología* de 1895 cuando Freud postula, aún en términos neuronales, la existencia de cierta energía cinética intracelular (Qn) que echaría a andar el sistema nervioso a partir de una exigencia de su descarga; el incremento de la tensión nerviosa exigiría a este sistema acciones tendientes a una regulación del incremento en la carga energética mediante el arco reflejo. (Freud 1895/2004). En estos términos, Freud expresó antes del surgimiento del psicoanálisis el principio del placer mediante la idea de una regulación de las investiduras energéticas al interior del psiquismo.

Ahora bien, en un artículo escrito en 1915, *Pulsiones y destinos de pulsión*, podemos leer con todas sus letras la respuesta a nuestra pregunta anterior:

La «pulsión» nos aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante {Repräsentant} psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal.” (Freud 1915/2004, p.117).

Esos registros de estímulos que están en la base misma del aparato psíquico corresponden a la pulsión. La pulsión como energía constante que proviene del interior del cuerpo, de los procesos somáticos del mismo, es justamente lo que permite el despliegue del trabajo del aparato psíquico cuya esencia consiste en regular las cantidades energéticas.

En el texto citado anteriormente, Freud propone pensar en un hipotético ser vivo que aún no está orientado en el mundo, un ser que se confunde con las cosas de la realidad exterior. Este ser vivo encuentra la manera de distinguirse, de trazar claramente la separación entre un afuera, como realidad exterior y un adentro, como aquello que le es propio, a partir justamente de la percepción de ciertos estímulos ante los cuales la reacción muscular de la huida no cancela el estímulo percibido sino que éste conserva su carácter de esfuerzo constante, estos estímulos, nos dice Freud, son la marca de un mundo interior, el testimonio de unas necesidades pulsionales.

La pulsión: borde irrepresentable, una frontera infranqueable para el conocimiento, límite forzoso, escisión definitiva, ruptura de la ilusión de unidad y continuidad. Momento teórico de trabazón irresoluble entre lo somático y lo anímico; algo está trabado en el núcleo mismo del ser humano a partir de lo cual, sin embargo, se precipita una doble paradoja en este modelo freudiano del inconsciente: por un lado, la insistencia constante del *drang* de la pulsión y por el otro, el yo que la sofoca, que nada quiere saber de trabazones.

Decimos paradoja doble porque este modelo igualmente se propone dar cuenta de lo ancestral y filogenético así como de lo específico y singular. Por un lado la realidad psíquica del sujeto con sus avatares singulares, en una lectura psicoanalítica del inconsciente freudiano, y por el otro, un esbozo de la génesis de la especie humana a partir de la veta ancestral que sigue actuándose en el sueño o en la neurosis en una propuesta más bien de carácter filosófico.

Ubicamos así a la realidad psíquica justamente como *eso* que resulta de la trabazón fundamental del ser humano, noción entendida a partir del lenguaje y no antes de él: los recuerdos encubridores, los sueños deshilachados, los afectos adheridos a representaciones falsas, los síntomas neuróticos, los delirios paranoides, la escritura psíquica, su reescritura, el psicoanálisis y todo lo que podemos hacer con las representaciones palabra que nos vienen desde afuera como percepciones falsas y que Freud llamó inconsciente.

El modelo que Freud nos ofrece del aparato psíquico a partir del concepto de pulsión, podría señalar así un estatuto epistémico singular y propio del psicoanálisis en tanto que no se adhiere al dualismo platónico que considera al cuerpo separado del alma, ni al monismo bruckiano, cuya expresión actual se encuentra en las neurociencias; sino que contempla un lugar de confluencia y, por ende, de contradicción discursiva, en relación al problema mente-cuerpo. Veamos por qué razón argumentamos que es una noción en apariencia contradictoria:

La línea de pensamiento correspondiente al asunto del inconsciente como resto filogenético podría leerse en *Más allá del principio del placer* de 1920. En este texto, Freud argumenta, por un lado, que la compulsión a la repetición que se verifica en los sueños traumáticos, en el juego infantil y en la neurosis de transferencia se debe a una tendencia de la materia animada hacia retornar a un estado de inercia desde donde partió la vida. La pulsión de

muerte, como Freud llamó a esta tendencia, corresponde justamente a lo más originario y arcaico presente en el psiquismo y corresponde a un remanente de estados anteriores inertes.

Seguimos a Freud en lo que él mismo llama *una especulación de largo vuelo*: el elemento perceptual que se inscribe en el psiquismo al modo de una marca anterior a toda palabra es la muerte como tendencia natural. La vida, es el rodeo que sigue la materia animada en su recorrido errante hacia ella. El aparato psíquico, entonces, es la instancia encargada de reconducir y tramitar las excitaciones que en su momento alteraron la materia produciendo la vida. La muerte como tendencia natural es justamente aquello que permite la existencia de lo viviente; sin la muerte no existiría la vida. Este recorrido resulta en el aterrizaje forzoso de ese intento persistente en toda la obra freudiana por descifrar las aristas incomprensibles de lo real de la vida y de la muerte, en un más allá del principio del placer que no alcanza sino los contornos siempre borrosos, especulativos y silenciosos de la especie que Freud nombra pulsión de muerte.

Pero afortunadamente no sólo así se pueden ver las cosas porque da la impresión de que si uno busca desde esta postura en los textos freudianos se corre el riesgo de topar con pared. En ese trabajo, de igual manera, Freud afirma lo siguiente:

El enfermo puede no recordar todo lo que hay en él de reprimido, acaso justamente lo esencial...Más bien se ve forzado a repetir lo reprimido en vez de recordarlo, como el médico preferiría, en calidad de fragmento del pasado. Esta reproducción que emerge con fidelidad no deseada, tiene siempre por contenido un fragmento de la vida sexual infantil y, por tanto, del complejo de Edipo y sus ramificaciones; y regularmente se juega –se escenifica- en el terreno de la transferencia, esto es, de la relación con el médico. (Freud 1920/2004, p. 18)

Leer a la repetición como una manera de recordar lo reprimido nos conduce hacia un orden muy distinto de ideas porque permite ubicar en el centro de la vida psíquica no a la muerte como tendencia natural que contiene los secretos mejor guardados de la especie humana, sino al deseo sexual justamente como el elemento principal que humaniza al hombre. Existe el deseo sexual porque aparece un otro que rompe con el narcisismo primario. Después se verá que hacer con él. (con el deseo sexual y con el otro que rompió con la perfección propia de ese estado de narcisismo originario.)

Comienza así el drama.

Aparece la sexualidad infantil.

Es sofoca.

Se instaura el inconsciente reprimido.

Aparecen sus formaciones.

En el mejor de los casos, ellas lo ponen a hablar.

Esta es la enormidad del descubrimiento freudiano: la palabra es portadora de un filo que corta y transgrede la telaraña mejor armada en el ciclo que en apariencia es interminable de las repeticiones; por eso el juego infantil y los sueños traumáticos repiten siempre las mismas coordenadas en un intento renovado por introducir ahí una palabra que disloque ese circuito. La palabra disloca al circuito de la compulsión a la repetición: ya no se trata de hacer consciente lo inconsciente por medio de la interpretación como en el ombligo del sueño, sino de colocar palabras ahí donde la muerte insiste sin cesar.

Vayamos un poco más a profundidad, podemos preguntarnos ¿Por qué palabras?, Freud, en un trabajo tres años posterior al: *Más allá del principio del placer* que lleva por título: *El yo y el ello*, nos responde que:

El papel de las representaciones-palabra se vuelve ahora enteramente claro. Por su mediación los procesos internos de pensamiento son convertidos en percepciones.

Es como si hubiera quedado evidenciada la proposición: todo saber proviene de la percepción externa. A raíz de una sobreinvertidura del pensar, los pensamientos devienen percibidos real y efectivamente –como de afuera-, por eso se los tiene por verdaderos. (Freud 1923/2004, p. 25)

La palabra es colocada así en el mismo estatuto de verdad que lo real del mundo; la trabazón fundamental del ser humano, es decir, la percepción del estímulo pulsional interno ante el cual la huida de nada vale, puede ser sustituida precisamente por la palabra: *por su mediación los contenidos internos son convertidos en percepciones*. La palabra, como percepción falsa, puede destrabar eso originariamente trabado y aparentemente sin salida. Esta es la luz al final del túnel que Freud legó a toda la humanidad.

La misma línea de pensamiento se expresa claramente en el polémico trabajo de 1937 titulado: *Construcciones en el análisis*, en este texto, Freud compara el trabajo del psicoanalista con aquél del arqueólogo en tanto que ambos buscan construir un fragmento del pasado. Freud afirma de manera radical y contundente que la pieza que siempre le falta a la historia del paciente por efecto de la represión puede ser introducida por el analista al modo de una construcción artificial:

Con harta frecuencia, no consigue llevar al paciente hasta el recuerdo de lo reprimido. En lugar de ello, si el análisis ha sido ejecutado de manera correcta, uno alcanza en él una convicción cierta sobre la verdad de la construcción, que en lo terapéutico rinde lo mismo que un recuerdo recuperado. (Freud 1937/2004, p. 267)

No es nuestra intención en esta investigación entrar al debate técnico que este trabajo ha propiciado en relación a la validez de las construcciones, en lugar de ello, centramos nuestra mirada en la importancia que Freud concede a las representaciones-palabra incluso otorgándoles efectivos resultados terapéuticos: las representaciones-palabra

tienen la función de ser un vínculo entre los sistemas P y CC, expuestos en el esquema del aparato psíquico, es decir, que el asunto de la distancia entre las huellas mnémicas, donde ubicamos a la pulsión de muerte, y su retranscripción en la memoria, se puede sortear por medio de las representaciones palabra que atraen sobre sí esos procesos excitatorio que de otra manera sólo encontrarían expresión como compulsión a la repetición. Las representaciones palabra son como una escudo que se puede colocar en el agujero que la pulsión abrió y repite como compulsión, y con ello, dar trámite a las excitaciones que el sistema P inscribe en el aparato psíquico a partir de la asociación por simultaneidad.

Si la pulsión significa trabazón, la palabra es lo que podría hacerlo girar.

La realidad psíquica trastoca definitivamente a lo real de la naturaleza abriendo un espacio para pensar en los procesos psíquicos con relación directa a las leyes del lenguaje, un espacio donde lo inconsciente como forma de escritura determina la organización subjetiva de cada cual; esta es la enseñanza fundamental que podemos extraer de la noción de realidad psíquica en la obra freudiana y uno de los legados más importantes del creador del psicoanálisis a la humanidad entera.

A modo de conclusión

En esta investigación hemos sostenido el argumento de que la noción de la realidad psíquica en la obra de Freud se ha producido fundamentalmente a partir de la investigación del propio Freud sobre sí mismo. A partir de esta puntualización nos hemos acercado hacia la delimitación de algunas características propias del saber analítico que lo singularizan con respecto de otras disciplinas, incluido el ámbito de la ciencia.

Un ejemplo de lo anterior, se puede observar en la función del cuerpo teórico en psicoanálisis, función que no pretende establecer una metodología exacta del quehacer clínico o fungir como un conductor riguroso del proceso terapéutico estableciendo de manera predictiva cada una de las etapas por las que habrá de transitar la cura; más bien pensamos que la función de la teoría en psicoanálisis quizás sea la de impedir la estabilización y el estancamiento de la experiencia siempre original que acontece en el diván. Una experiencia, en tanto que no está normativizada, habrá de permitir la expresión de un deseo singular, con todas las consecuencias que eso conlleva.

De manera un tanto similar al punto anterior, hemos podido observar que la reflexión sobre el proceso de constitución del psicoanálisis no tiene un mero valor como referente histórico superado definitivamente en el proceso de formalización y de maduración de la disciplina, tal como es costumbre en la ciencia, en donde sus fundadores marcan sólo el inicio en la creación del conocimiento y son superados por aportes novedosos.

Por el contrario, en psicoanálisis, el estudio del proceso de constitución de su saber nos introduce en una lógica muy distinta con relación a lo mencionado anteriormente porque nos permite observar los matices de la singularidad freudiana al transitar desde la neurología hasta la realidad psíquica. Un verdadero momento epistémico que está marcado por la renuncia a un discurso oficial y por la creación de uno radicalmente novedosos, lo que a su vez nos conduce a un par de afirmaciones sobre el estatuto del saber en psicoanálisis: en primer término, que ese saber es siempre singular, tal como la experiencia freudiana lo atestigua y, en segundo lugar, que los efectos de ese saber singular permiten, entre otras cosas, el establecimiento del discurso analítico: la noción de realidad psíquica en la obra de Freud, es así, el resultado de la experiencia freudiana al transitar por su autoanálisis. (Quizás sea esta experiencia la que se actualiza en el proceso de formación del psicoanalista.)

Desde esta perspectiva, el estudio del proceso de constitución del método psicoanalítico adquiere una dimensión novedosa que no se limita a su costado histórico sino que permite ubicar claramente que lo que delimita y justifica la especificidad del psicoanálisis: es justamente la experiencia analítica y no la lectura y repetición de su costado teórico.

Ahora bien, al profundizar sobre estas reflexiones, que de alguna manera han sido sólo rozadas en el desarrollo de esta investigación, nos introducimos en la dimensión epistémica del psicoanálisis toda vez que ello apunta hacia la delimitación de su peculiaridad como

disciplina. Por eso creemos que esta investigación más que concluir con una definición precisa sobre la realidad psíquica, es sólo la punta de lanza de nuevas interrogantes:

¿Es válido pensar en una epistemología del psicoanálisis que contemple sus especificidades metodológicas en cuanto a la producción del saber y la aplicación del mismo en el transcurso de un caso singular? De ser así, ¿Cuáles serían sus aristas centrales y cómo habrán de relacionarse entre sí y de justificarse en el ámbito de la epistemología?, de no ser así: ¿Qué podemos proponer más allá de la simple desautorización radical del psicoanálisis bajo el argumento reduccionista de la carencia de validez experimental?

Esta investigación concluyó así con el planteamiento de un nuevo problema de investigación que lejos de ser el final de un discurso, ha marcado el inicio de otro.

Referencias

- Assount, P. (1982). *Introducción a la epistemología freudiana*. México: Siglo XXI.
- Chalmers, A. (2011). *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?*. (25ª ed.). México: Siglo XXI.
- Casas, J. J., Cuellar, Z. C. (1991). *El concepto de represión en la obra freudiana. Una aproximación crítica*. {Tesis de Maestría en Psicología Clínica. Inédita}. Universidad Autónoma de Querétaro.
- Foucault, M. (1966/2004). *El nacimiento de la clínica*. México: Siglo XIX.
- Freud, S. (1892-99/2003). *Fragmentos de la correspondencia con Fliess*. En Obras Completas, tomo I. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1893-95/2003). *Estudios sobre la histeria*. En Obras Completas, tomo II. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1895/2003). *Proyecto de Psicología para neurólogos*. En Obras Completas, tomo I. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1899/2003). *Sobre los recuerdos encubridores*. En Obras Completas, tomo III. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1900/2003). *La interpretación de los sueños*. En Obras Completas, tomo V. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1905/2003). *Tres ensayos de teoría sexual*. En Obras Completas, tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1911/2003). *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*. En Obras Completas, tomo XII. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1912/2003). *Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico*. En Obras Completas, tomo XII. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1914/2003). *Introducción del narcisismo*. En Obras Completas, tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1915/2003). *Lo inconsciente*. En Obras Completas, tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1915/2003). *Pulsiones y destinos de pulsión*. En Obras Completas, tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1920/2003). *Más allá del principio del placer*. En Obras Completas, tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1923/2003). *Dos artículos de enciclopedia: psicoanálisis y teoría de la libido*. En Obras Completas, tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1923/2003). *El yo y el ello*. En Obras Completas, tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1925/2003). *Nota sobre la pizarra mágica*. En Obras Completas, tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1937/2003). *Construcciones en el análisis*. En Obras Completas, tomo XXIII. Buenos Aires: Amorrortu.

García H., A. (1999). *Un comentario sobre el "Tally Argument" de Grünbaum*. Artículo en versión electrónica revisado en el sitio: http://perso.wanadoo.es/quipuinstitut/quipu_instituto/curriculum/pdf/Argument_.PDF

Le Gaufey, G. (2006). *El caso inexistente*. Una compilación clínica. México: Solar, servicios editoriales.

Mannoni, O. (1973) *Freud, el descubrimiento del inconsciente*. México: Nueva Visión.

Onfray, M. (2011). *Freud. El crepúsculo de un ídolo*. México: Taurus.

Pérrés, J. (1988). *El nacimiento del psicoanálisis. Apuntes críticos para una delimitación epistemológica*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco y Plaza y Valdéz.

Platón (¿?/2009). *El fedón o tratado del alma*. Madrid: Edaf.

Skinner, B. F. (1954). *Science and Human Behavior*. American association for the advancement of science.

